

Pedro Ostoich

UN SOLITARIO EN TIERRA DEL FUEGO

ZAGIER & URRUTY
PUBLICATIONS



Pedro Ostoich

**Un solitario en
Tierra del Fuego**

Pedro Ostoich

En colaboración con Arnaldo Canclini

Un solitario en Tierra del Fuego



ZAGIER & URRUTY
PUBLICATIONS

© 2000 ZAGIER & URRUTY
ISBN 1-879568-76-4

Todos los derechos reservados. Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de fotocopia, registro magnetofónico o de alimentación de datos sin expreso consentimiento por escrito de los editores, excepto por un periodista, quien puede tomar cortos pasajes para ser usados en un comentario sobre esta obra a ser publicado en una revista o periódico. Impreso en la Argentina.

Al emprender cualquier actividad mencionada en este libro el lector debe asesorarse en entidades reconocidas acerca de los riesgos y obligaciones inherentes a su práctica, no asumiendo el autor ni los editores responsabilidad alguna por posibles perjuicios ocurridos por accidente, negligencia o cualquier otra razón. Aunque el autor y los editores han investigado exhaustivamente las fuentes para asegurar exactitud en los textos, ilustraciones y mapas contenidos en este libro, no asumen responsabilidad alguna por errores, inexactitudes, omisiones o cualquier inconsistencia incluida. Cualquier agravio a personas, empresas o instituciones es completamente involuntario.

**ZAGIER & URRUTY
PUBLICATIONS**

Las Lajas 1367 - Ushuaia

☎ P.O. Box 94 Sucursal 19
C1419ZAA Buenos Aires
Argentina

☎ (54-11) 4572-1050

FAX (54-11) 4572-5766

E-MAIL zagier@ciudad.com.ar

WEB www.ushuaia.org

SOLICITE CATALOGO — ASK FOR CATALOG

Disponemos de un amplio banco de imágenes en forma de diapositivas, fotocromos y CD. Consúltenos.

A wide image bank of slides, separations and CD is available, please contact us.

*A todos los que poblaron el canal Beagle —en especial
a mi familia y sobre todo a mi esposa—
quienes estuvieron cuarenta y ocho años
levantando la bandera azul y blanca
en esa tierra fría y solitaria.*

Indice

Dos palabras previas	9
Origen e infancia	13
Andanzas juveniles	21
En Ushuaia	27
En Bahía Aguirre	35
La vida en soledad	43
Intentos industriales	53
Mis animalitos	59
Mi esposa	67
Un poco de literatura propia	77
La placa	85

Dos palabras previas

Conocí a don Pedro Ostoich en 1982. Estábamos trabajando, con no pocas dificultades, en la coordinación de lo que llegó a conocerse como el Libro del Centenario de Ushuaia. Pero cuando, finalmente, la obra fue presentada en público, dije que una de las grandes satisfacciones había sido conocer personalidades como la suya.

Conversábamos largamente por varias razones. En un sentido, hacía mucho que quería conocer al hombre que había poblado —como se dice en lenguaje patagónico— el lugar donde Allen Gardiner y sus compañeros alcanzaron la gloria del martirio, lugar que yo había querido conocer desde décadas atrás al dedicarme a escribir esa historia. Por el otro lado, su diálogo era tan vívido, tan sincero y tan entusiasta, que resultaba un verdadero placer.

Con algunos fragmentos de aquellas cintas, publiqué un par de artículos en un periódico, que despertaron mucho interés, al punto de que un editor planteó la posibilidad de que se transformaran en libro. No me era posible entonces dedicarme a esa tarea, aunque de ese encuentro surgió otra obra de mis manos.

Pasaron los años y, de alguna manera, nos reencontramos. El había perdido la esperanza de ver sus vivencias transformadas en libro, lo que soñaba para dejar un testimonio a sus hijos y nietos, para homenajear a su nunca ol-

vidada esposa y para que se supiera lo que muchos —y no sólo él— habían hecho por este país. Pero después de haber sobrepasado Pedro con buena salud los noventa años, de alguna manera nuestra amistad se reanudó. En todo ese tiempo, él había mantenido la virtud del agradecimiento hacia aquel que, según sus palabras, lo había sacado del anonimato, así como la fe de que algún día le ayudaría a ver impresos sus recuerdos..

Gracias al apoyo de un visionario editor, al que debe agradecerse su apoyo, me puse a la tarea, que no era fácil. El material de este libro es extraído de una serie de cintas grabadas a medida que fluían los recuerdos de don Pedro, lo que muy pocas veces ocurría ordenadamente. Apelando el ordenamiento que había hecho para aquella obra, fui insertando todo lo nuevo que iba apareciendo, como ser la increíble historia final de ir a colocar una placa para honrar a su esposa en lo que realmente es el fin del mundo, cuando ya contaba los ochenta y ocho años, (epopeya que casi le cuesta la vida). Más material surgió también de charlas y otros medios.

Por supuesto, estas páginas han sido objeto de múltiples retoques. Pero son realmente la obra de Pedro Ostoich. Se ha respetado su vocabulario, su uso del idioma y, sobre todo, sus sentimientos. No se ha agregado al texto nada que no fuera suyo, salvo los inevitables detalles gramaticales y afines. Es cierto que a veces eso traerá un dejo de desorden, pero lo valioso es la impresión final que queda de esta existencia plena de experiencias. Sería pedante enumerar las muchas fuentes a que hemos recurrido para ello.

Hemos cuidado sobre todo de respetar la vida espiritual del autor: su amor por la naturaleza —casi diríamos su integración—, la devoción por su esposa, su reconocimiento por los pioneros que le ayudaron o que simplemente compartieron sus luchas, su gratitud por la tierra que lo recibió, su dependencia de Dios y todo lo demás que el lector descubri-

rá por sí mismo. Reiteramos que el lenguaje en su riqueza de imágenes y en su sensibilidad es totalmente suyo.

Lo que sí corresponde a este compilador son los títulos y subtítulos y las notas que, por sugerencia de los editores, hemos agregado a pie de página. Con frecuencia, don Pedro menciona lugares o personas, confiando en que los lectores sabrán de qué está hablando. Pero como queremos que este libro sea leído más allá del círculo de sus relaciones y del ámbito fueguino, es necesario ir haciendo aclaraciones que ayudarán para ubicar cronológica y geográficamente el relato. A este respecto, nos permitimos un consejo: no olvidar nunca que lo que se narra ocurrió en uno de los lugares más solitarios del mundo, con uno de los climas más hostiles.

Hemos escrito en el pasado la historia de personalidades muy reconocidas. Pero no puede olvidarse a los que, desde rincones, a veces oscuros, hicieron su parte para que nuestro país avanzara en los caminos del progreso y la civilización, aun con los grandes sacrificios de que dan cuenta estas páginas. Por eso, su publicación es un verdadero homenaje que nos complace en compartir.

Arnoldo Canclini



Pedro en su juventud.

Los padres de Pedro Ostoich y sus hermanitos Juan y Antonio en Punta Arenas.

En Punta Arenas con su madre y sobrinos.



Origen e infancia

Como muchos otros de los primeros pobladores de la zona de Magallanes y Tierra del Fuego, mi familia era de origen croata, más específicamente de la isla Brac, en la costa dalmata.

El primero de nuestra familia que vino a América fue mi padre. Se llamaba Juan; había nacido en 1860 en la isla Povlje y lo hizo viajar su hermano Mateo, diciéndole que uno se podía hacer rico buscando oro en el extremo sur de América. Se radicaron en Punta Arenas, o sea en el Estrecho de Magallanes, en Chile, en 1892, por supuesto con la idea de hacer fortuna, porque se corrían muchos rumores sobre la abundancia de oro en la región. En su patria se dedicaban a tareas rurales, pero no me han contado mucho de esos tiempos, porque antes los padres no hablaban tanto con los hijos como ahora. Sé que vino directamente de Europa a Magallanes.

Después mandaron a buscar a un sobrino llamado Juan Ostoich Perich¹ y, más adelante, también viajaron varios hijos de un hermano que se quedó en lo que luego fue parte de Yugoslavia. Eran Juan, Jorge, Antonio, Mateo, María y Amado y se fueron a vivir a la zona de Chacabuco, en la provincia de Buenos Aires. Me dicen que allí hay alrededor de cien personas con nuestro apellido.

Matrimonio de mis padres

Mi padre y mi tío se fueron de Punta Arenas a la bahía Sloggett² para trabajar en el oro con varios compañeros. Mi padre decía que había extraído quince kilos del rico metal. En esa ciudad, se alojaron en el hotel de un tal Vicente Fodic,³ donde los conoció Fortunato Beban, que los entusiasmo con las noticias sobre los yacimientos y después los llevó en una de sus goletas. Beban era un compatriota que hizo mucha fortuna con sus embarcaciones y que fundó una familia muy importante en Ushuaia.⁴

Después de trabajar mucho, consiguió una pequeña fortuna. Entonces pensó en casarse. Había muchas mujeres en el pueblo, pero tenían demasiadas pretensiones. Por eso decidió buscar alguna compatriota. Como no tenía estudios, le pidió a otra persona que le escribiera una carta a una familia, muy amiga suya, de Dalmacia,⁵ que tenía dos hijas. El padre de esa familia se llamaba Antonio Vrsalovic y sus hijas Andreana y Margarita. En esa época, había mucho respeto en las familias y eso no hacía posible que se casara la hija menor primero. Le hubiera correspondido a Andreana, pero ella no quiso porque su posible esposo tenía ya 45 años. Margarita aceptó, aunque tenía sólo dieciocho.

Se casaron por poder y ella viajó a Punta Arenas para encontrarse con su marido, pero fue un momento triste. Cuando bajó del barco en el muelle, comenzó a preguntar por él y, cuando se lo presentaron, se llevó una desagradable sorpresa. Creía que era una broma, porque él estaba muy envejecido por el trabajo y los años, que parecían muchos más de los que tenía. Ella, que era una mujer muy hermosa y sensible, se puso a llorar, diciendo que no quería aceptar ese matrimonio, pero no podía hacer nada, porque ya estaba casada legalmente. Además, ella tenía estudios y él no, porque ni siquiera sabía firmar y ponía su pulgar en los documentos.⁶

Por eso mismo, Juan perdió las propiedades que tenía en

sociedad con su hermano Mateo, ya que, al no tener estudios, no se supo defender.

Por esas diferencias de edad y estudios, el matrimonio de mis padres fue muy desdichado. No hay nada más triste que un matrimonio sin amor y eso hizo sufrir mucho a los hijos. Tuvieron siete y les pusieron de nombre Juan (1902), Antonio (1904), Pedro (1906), María (1908), Nicolás (1909), Francisca (1915) y Mateo (1917). Antonio fue muerto criminalmente en Comodoro Rivadavia, dejando tres hijos.⁷ Nicolás se casó y se radicó en Buenos Aires con cinco hijos. María se fue a Punta Arenas donde tuvo dos hijos y una hija. El último murió al nacer y Francisca a los diez años.

Mi madre fue buena conmigo y nunca me pegó, pero se fue enfermado de los nervios al mismo tiempo que él perdía su fortuna. Se me parte el corazón cuando me viene a la mente un triste recuerdo de mi infancia: ver que a mi madre se la llevaban en un camión con chaleco de fuerza. Ella fue trasladada a un sanatorio en Santiago de Chile, donde se mejoró y volvió a Punta Arenas. Pero no toleraba el clima y su esposo decidió vender las propiedades para radicarse en aquella ciudad capital. Mi madre estuvo muchos años internada en un convento en Santiago y después en un asilo de monjas en Miraflores, Punta Arenas. Cuando me trasladé a Villa Tesei, la mandé buscar y vivió nueve años con nosotros. Cuando murió, fue sepultada en el cementerio de Morón. Mi padre falleció en 1926 en un sanatorio en Santiago de Chile.



Antonio Ostoich.

Él no había podido conservar a su lado a sus hijos. Juan, el mayor, fue criado por su padrino, que se había encariñado mucho con él y lo llevó a trabajar en las minas de oro. Antonio y yo fuimos internados en el Colegio Don Bosco, de Punta Arenas y María en el de María Auxiliadora. Francisca se crió con la madre, pero a los diez años, murió de una grave enfermedad el 1° de junio de 1925. Yo soy el único sobreviviente, por la voluntad de Dios.

Por su parte, mi tío Mateo era casado con Antonia Vrsalovic y tuvo siete hijos. Uno era Juan, que quedó soltero y que después fue conmigo a poblar Bahía Aguirre.⁸ El otro se llamaba Vicente y también estuvo un tiempo allí. Los hijos de Mateo ya han fallecido; la última fue Margarita y las otras se llamaron Catalina, Ana, Luisa y Vicenta. Jorge fue el único del otro grupo de sobrinos que estuvo en Tierra del Fuego; se ahogó viajando desde Ushuaia al caer de una chalana. Juan y Mateo fueron directamente a Sloggett, sin detenerse en el pueblo, aunque el último iba a veces. Sacaban oro y lo iban a vender a Punta Arenas. La familia se quedaba allí y a veces pasaba un año o dos sin verlos.

Los tres hijos mayores, o sea Juan, Antonio y yo, nacimos en Punta Arenas, donde también vinieron al mundo los hijos de mi tío Mateo. Mi hermano Juan fue a trabajar a Puerto Natales⁹ y Porvenir¹⁰, puntos todos en Chile. Después pasó a Río Grande y, finalmente, a Ushuaia. Era carpintero y construía viviendas. Ya era adulto cuando falleció alrededor de 1975.

Nicolás vivió en Porvenir, el pueblo chileno de Tierra del Fuego. Después se trasladó a Ushuaia y también estuvo conmigo en Bahía Aguirre. Los hijos de Mateo se quedaron en Punta Arenas, excepto Vicente, por un tiempo.

Los primeros años

Yo nací en Punta Arenas el 22 de febrero de 1906. Me bautizaron como Pedro Damián Juan y mis padrinos fueron Vicente Fódic y su esposa. Viví allí hasta que dejé mi casa a

los diez años, para irme a Porvenir. Estudié un año o dos internado en el colegio salesiano Don Bosco de artes y oficios y también aprendí algo de música, que me sirvió mucho cuando me tocó el servicio militar, ya que pude hacerlo en la banda. Tocaba el quinto, que es un instrumento de viento para acompañamiento. Me acuerdo cómo estudiábamos con una pizarra, una tiza y una esponja. Muchas veces no teníamos esponja y había que borrar con la manga.



Pedro Ostoich en el servicio militar.

Vivíamos cerca del campo, que a mí siempre me gustó. Salía a caminar y una vez encontré un caballo tirado, flaco y me encariñé con el animal. Le daba pastito todos los días, porque siempre tuve mucho aprecio por ellos. Nunca les pegué porque los veía con buen corazón. Mi padrino tenía un hotel y allí conocí a un estanciero llamado Antonio Kóvasic,¹¹ a quien le comenté que me gustaba la vida de campo. Él tenía una propiedad en Porvenir y me dijo: "Y bien, Pedrito, ¿usted no quiere venir al campo?". Yo le contesté: "Sí, cómo no". Entonces me dijo: "Y bueno, si quiere, lo llevo." Pero yo no tenía más que diecisiete años y recuerdo que papá estaba en cama, enfermo, y que mi mamá no me dejaba ir. Me decía: "¿Cómo vas a ir tú, que eres tan flaquito? No puedes ir. Vas a extrañar tu casa". Fui al hotel y, dejando caer las lágrimas, dije a Kóvasic: "Don Antonio, lo que pasa es que mi papá y mi mamá no me dejar ir." Para mi sorpresa, me repuso: "Bueno, ¿por qué no te vienes igual?"



Pedro trabajando en el campo.

Yo le contesté que no podía hacerlo porque no tenía ropa, pero él dijo que me la iban a mandar.

Hacia Tierra del Fuego

Así fue cómo me embarqué en el transporte *Minerva*,¹² en un viaje de siete horas y me mareé mucho. En Porvenir paramos en la casa de Antonio Mimiza, que era socio de Kóvasic. Después fuimos a la estancia Milenka, a unas cuatro leguas, donde trabajé y aprendí de todo. Desde entonces supe que el campo era donde debía hacer mi vida, aunque por un tiempo trabajé de mozo en el hotel Progreso.

Un día fui a buscar huevos de kaikén¹³ a la playa. Me había enterado que una embarcación se había extraviado cuando la sorprendió un temporal. Alguna gente decía que había oído gritos, pero que se hizo pronto de noche cuando salieron a buscarlos. Me indicaron que recorriera la playa para ver si encontraba algo. Una mañana de repente vi una chalana, mientras recogía huevos para luego venderlos. Me extrañó que mi caballo no se quería arrimar a la embarcación, aunque yo le pegaba. Cuando llegué bien cerca, vi las piernas y brazos de un hombre. Me di media vuelta y corrí a

contarlo a la estancia y tuve que ir después a la comisaría para dar cuenta de lo que había visto. Fuimos en una carreta y después me molestaron muchas veces, porque sospechaban que había revisado los bolsillos de los muertos.

Volví a Punta Arenas y me tocó ver cuando quemaron la Federación Obrera, que fue el comienzo de los muchos problemas gremiales, que terminaron en tragedias, de las que prefiero no hablar.¹⁴ Con el tiempo me fui a Natales.

¹ Hemos encontrado el dato de que llegó en 1897 en la nave *Potosí*. Reiteramos que las notas al pie pertenecen al compilador y no al autor.

² Un problema irresoluble es la forma de escribir los apellidos croatas, si terminando en "ich" o en "ic", lo que debería incluir una cedilla, que casi nunca se agrega. Ostoich escribe siempre con CH y así lo respetaremos, pero el uso moderno y el de muchos personajes de esta historia suprime la hache, de modo que, en cuanto al autor, escribiremos su apellido como él lo hace, pero para los demás lo haremos como se hace hoy oficialmente.

³ La bahía Sloggett, en el sur de la Isla Grande de Tierra del Fuego, será mencionada repetidamente más adelante. Un motivo era que se trataba del punto poblado —aunque sea por una persona— más cerca de Bahía Aguirre, donde se estableció Pedro Ostoich. La historia al respecto se narrará más adelante. Además, fue el lugar elegido por Julio Popper, que trabajaba el oro, especialmente en el norte de la isla. Fue el primer lugar en que éste fue descubierto, según cuenta Lucas Bridges en su libro *Ultimo confín del mundo*. Se ignora la etimología del curioso nombre, que algunos suponen que tiene un origen croata (en cuyo idioma significaría "todos unidos"), pero es dudoso.

⁴ Vicente Fódich, que llegó a destacarse en la vida puntarenense, había trabajado con Popper en la exploración aurífera en Sloggett, según consta en la lista publicada por Boleslao Lewin, en la biografía de éste. Tenía una cadena de reloj de oro —lo que hacían todos los que podían— y puso después un hotel en Punta Arenas. Ostoich cuenta que gozaba de mucho aprecio y los mineros le dejaban en custodia sus hallazgos de oro. Educó bien a sus hijos y uno de ellos llegó a intendente de la ciudad.

⁵ Fortunato Beban fue uno de los más notorios inmigrantes croatas en la zona, a la que llegó alrededor de 1896. Se estableció primero en Punta Arenas y luego en Ushuaia, donde realizó distintas actividades, junto con su hermano Tomás, pero sin duda lo que le hizo famoso fueron sus goletas llamadas *Florencia M. Mussi* y *Fortunato Viejo*, pero universalmente conocidas como *Goleta Negra* y *Goleta Blanca*, con las que navegó incluso hasta el Brasil. Sus descendientes ocuparon un importante lugar en la isla.

⁶ Puede ser necesario aclarar la geografía política de Europa. Dalmacia es la región costera de Croacia, que formaba parte entonces del Imperio Austro-húngaro. Por esa razón, los documentos de quienes emigraban a Tierra del Fuego, los mencionan como "austriacos". Después la zona fue incluida en la nueva na-

ción de Yugoslavia —creada luego de la primera guerra mundial— hasta su disolución reciente, cuando Croacia recuperó su independencia. La costa dálmata tiene cierta similitud con los canales fueguinos, que atraían a los emigrantes, que en su gran mayoría eran de la isla Brac.

⁶ El matrimonio civil se realizó en Punta Arenas el 4 de enero de 1902. Figura en el registro 1, con el número 4.

⁷ Ostoich nos ha aclarado que su hermano tenía una casa de cambio y que trabajaba como fotógrafo. Un día, mientras sacaba una foto a un individuo, otro se le acercó por atrás y le aplastó la cabeza con un palo, con fines de robo. Se escaparon, pero fueron detenidos en Chile y uno de ellos murió en la cárcel.

⁸ Bahía Aguirre se encuentra al este de la Isla Grande y es casi la última bahía, ya frente al Atlántico. Más allá sólo está la Valentín. Fue descubierta en 1791 por una expedición española comandada por José de Elizalde, que le dio el nombre en homenaje a un primo suyo. Se hizo famosa porque allí fallecieron de hambre y de frío los misioneros dirigidos por Allen F. Gardiner, que se refugiaron en ella, eludiendo a los indios. Es de cierto tamaño y en algún momento se pensó en colocar allí la capital fueguina, lo que hubiera sido un absurdo, porque es una zona inhóspita y donde la navegación es muy difícil. Unas cuevas en el fondo de la bahía, en un punto llamado Puerto Español, han sido declaradas lugar histórico, porque allí se refugió Gardiner antes de morir.

⁹ Puerto Natales es la capital del departamento chileno de Última Esperanza, nombre de un seno de mar, en cuyo fondo está la población. La zona estuvo ocupada por iniciativa del gobernador Señoret desde 1893, aunque el pueblo fue fundado recién en 1911. Su ubicación estratégica la hizo progresar rápidamente. Se encuentra casi en la frontera argentina y cerca de las minas de Río Turbio. En 1931 se inauguró una carretera de 254 kilómetros hasta Punta Arenas. Tiene hoy un interés turístico por estar cerca de lugares como el Parque Nacional Torres del Paine y de la Cueva del Milodón, donde se hicieron importantes descubrimientos paleontológicos.

¹⁰ Puerto Porvenir es la capital de la Tierra del Fuego chilena. Desde 1881 hubo allí buscadores de oro, los que fueron muy numerosos, formando una población, que luego fue reconocida como tal. No ha progresado tanto como las ciudades del lado argentino.

¹¹ Antonio Kóvasic (o Cóvasic) fue un colono croata que se destacó mucho en Punta Arenas, junto con sus hermanos. Tuvo una fábrica de conservas de productos de mar, una importadora de frutas y licores, la estancia "Milenka" y otros emprendimientos.

¹² Esta nave pertenecía a la firma Braun y Blanchard, una de las poderosas de la zona, que luego se fusionó con José Menéndez.

¹³ Nombre indígena de la avutarda, generalmente llamada de esa manera.

¹⁴ El grave episodio mencionado ocurrió en 1920 y fue uno de los detonantes para los sangrientos episodios de la huelga obrera, presuntamente dirigida por anarquistas, y la represión posterior del ejército.

Andanzas juveniles

En Puerto Natales, me agregué con Federico Gómez, que iba a trabajar en la pintura de la estancia Guido y con un paisano de mi padre, un tal Ubevic. Me dieron para ser ordeñador hasta que tuve que ir al servicio militar. Nos llevaron a Punta Arenas y allí tuvimos que marchar en fila de a dos al regimiento. Pero como era amigo de un sargento, que había parado en casa, me pusieron en la banda. El jefe se enteró de que me gustaban las tareas del campo y quiso que me quedara, pero yo preferí irme.

No quise volver a la misma estancia de antes, porque había tenido unas palabras con el segundo administrador, porque no quise ir a buscar leña una vez que me mandó a hacerlo. Me había contratado como ordeñador de una docena de vacas y no quería hacer lo que no me correspondía. Por eso terminé yéndome a Lago Argentino, o sea a la Argentina, a lo de un puestero muy bueno, pero que también tenía sus cosas. Era un hombre de edad y le gustaba jugar al truco conmigo, aunque yo le ganaba.

Pasando a la Argentina

Un día de 1925 resolví volver al otro lado.¹⁵ Llegamos a la estancia Las Flores, donde había un administrador muy bueno. Me hice amigo de un tal Godoy y le dije que quería irme a Calafate. Me ofreció su ayuda, diciéndome que había trabajado en La Anita. Estando ebrio le robaron y resolvió volver.



Así fue como salimos para allá. Había mucha neblina en el camino y, al cruzar un río, nos dimos cuenta de que estábamos extraviados a la altura de Paso

Verlika o Centinela. Cayó la noche y nos detuvimos, aunque, como era agosto, había mucha posibilidad de que nevase muy fuerte. Godoy hizo unas brasitas y puso a calentar agua con azúcar negra, para asentar el estómago. Había mucha niebla y ni siquiera podíamos ver los cerros.

A la mañana, encontramos una tropilla y por la marca, que era de un tal Sixto Barrientos, estuvimos seguros de haber perdido el rumbo. De repente, después de encontrar estacas clavadas, tropezamos con un rancho donde había un puestero, que era hombre que nos llamó la atención por su barba larga. Nos hizo pasar y nos convidó con charque de guanaco. Nos indicó que más abajo había un puesto, donde podríamos encontrar más cosas.

Siguiendo el camino, apareció un jinete, que nos resultó sospechoso, como si hubiera estado robando y quisiera aprovechar para echarnos la culpa, pero, mientras arreglaba la cincha, nos dijo dónde estaba el puesto. Allí encontramos a un hombre al que le decían Boina Blanca, que había ido del barrio de Floresta, en Buenos Aires. Después supe más sobre él, en el tiempo que vieron las huelgas trágicas cuando murió tanta gente. La madre habló con un oficial amigo, diciéndole que tratara de encontrarlo. Supo que había caído en una redada de peones a los que iban a fusilar. Les hicieron cavar una zanja y meterse adentro para pegarles un tiro por la espalda. En ese momento, él dijo al que manda-

ba: "Antes de morir, le pido un favor. Cuando viaje a Buenos Aires, vaya a Floresta, calle tal, número tal, y pregunte por tal señora y dígame lo que le pasó al hijo." Era precisamente el que le habían encargado. El oficial le habló al coronel Varela, que era el comandante de las tropas, diciéndole que era un muchacho de buena familia y, aunque le costó convencerlo, le salvó la vida.¹⁶

Volviendo a mi historia, entonces yo estaba desesperado porque no tenía trabajo. Andando cerca del ventisquero, vi como una manta en el suelo y se me ocurrió que tapaba a un muerto. Con cierto miedo, la fui a levantar y vi que no eran más que unas coyundas de bueyes. Llegué a la estancia Alta Vista, de Juan Stípisic, que era amigo de mi padre, y me dio un arreo de quinientos vacunos salvajes pero mansos. Los animales baguales no conocen el mal, porque no están acostumbrados a los malos tratos de la gente. No saben patear, aunque embisten si tienen que defenderse.

La gente de campo era muy callada y no pasaba de decir "Buenos días" o "Buenas tardes". Miraban a todos con cara de perro, porque había muy poco trabajo y recelaban de los forasteros. Había grupos de cincuenta o sesenta hombres, que iban de un lado al otro, con la pilchita al hombro, sin nada que hacer y era un cuadro muy triste. Además, Stípisic me encargó que amansara unos quince potros. Estuve haciendo un arreo de un mes con los quinientos vacunos.

Pero al fin me quise ir para regresar a Punta Arenas. Conmigo iba un ex penado de Ushuaia, que se llamaba Aravena. En Calafate estaba con un hermano y vino una hermana suya que andaba en una vida mala. Por un enredo por culpa de ella, Aravena mató a un policía y fue preso a Ushuaia, pero pronto lo indultaron. Tuvimos otra mala experiencia en la cordillera, aunque esta vez encontramos un puesto con papas y otras cosas. Pasamos mucho frío y, cuando llegamos a una estancia, fue una suerte que hubiera un administrador muy bueno. Andando un mes a caballo, llegamos a Punta Arenas. Pasamos por lo de un puestero lla-

mado Chávez, hermano de uno que mató al turco Cherif. No me gusta contar de esas cosas. He visto muertes y crímenes, pero no quiero hablar de ello.

Trabajo de estancia

De Punta Arenas, me fui a San Sebastián, otra vez en la Argentina, en el norte de Tierra del Fuego. Estuve casi dos años porque mi hermano Antonio era contador de Menéndez Behety en Punta Arenas.¹⁷ Me dio una carta de recomendación, con la que conseguí emplearme. Trabajé en las estancias Primera Argentina¹⁸ y La Sara, esquilando hasta cinco mil lanares por día. Por ese tiempo, en 1926, traje a mi hermano Nico y saqué el pasaporte argentino.

Me dediqué también a la doma, incluso de caballos finos de un inglés. Trabajaba con un muchacho, un tal Peña, y fue entonces cuando corrí uno de los grandes peligros de mi vida. Salí con un potro corcoveando fuera del corral. Teníamos la costumbre de que, para que el animal obedeciera, se le pegaba en la quijada con el rebenque. El animal obedece para un lado y entonces se le pega del otro. Como yo tenía mucha soltura, cuando quise pegarle con el rebenque, me pasé a un costado y quedé enredado en el estribo. Pero no llegué a caer porque era joven y ágil. Me agarré del basto cuando el animal volvió a gambetear de un lado al otro. Peña, que amansaba conmigo, tenía la costumbre de poner todo el pie en el estribo, pero yo ponía la puntita nada más, porque el estribo de suela tenía un suplemento para que no pase la puntera del pie. A mí se me había salido, pero alcancé a agarrarme del basto cuando el animal empezó a cocorvear y me salvé.

Había un capataz inglés que se dedicaba a la cría de caballos de carrera. Tenía un padrillo tordillo, al que siempre sacaba al campo a correr y tomar aire. Un día saltó un alambrado, al otro lado donde estaban los demás caballos. Cubrió una yegua, que tuvo una potranca tordilla. Lucho López, el propietario de la yegua, me la dio para que amanse los demás potros. Ni yo ni mi amigo Cárdenas nos dimos

cuenta de que a ese animal había que tratarlo con cariño y sin espuela. Salió corcoveando, mientras el inglés nos miraba. Yo siempre amansaba a los animales de raza acariciándolos. Otra costumbre era llevar al potro de la cincha para que no trate de corcovear. El animal toma confianza a la persona, porque el que se acostumbra a corcovear siempre desconfía del hombre, pero al conocerme no lo hacían, pero si lo montaba otra persona entonces sí corcoveaban. Dios hizo la naturaleza enseñando a los animales a defenderse, porque si no, habrían desaparecido.

Con Peña una vez quisimos correr una carrera. Yo tenía un animal que nunca había montado en pelo. Me sugirió la carrera cuando estábamos en los límites de La Sara.¹⁹ Yo nunca lo había vareado en pelo y, cuando llegamos a la sección que le decían del Treinta, por más seguridad le dije eso y le puse cojinillos y un cinchón. Como el caballo de Peña era un animal de estancia había que largarlo enseguida, porque si no, se desbocaba. Entonces en la largada, yo lo sujeté y se paró de mano. Se le corrió la cincha en las berijas y se puso a corcovear. Entonces me di cuenta de lo que pasaba cuando me tiró al suelo por encima de la cabeza. Me quedé como en las nubes porque casi me desnucó y no recuerdo qué pasó, porque fue como si estuviese en un río. Alguien me subió a un caballo y me llevó. Cuando me preguntaron quién me había volteado, dije que una yegua que casi me desnucó. La verdad es que tuve mucha suerte.

También trabajé en el frigorífico de Río Grande.²⁰ Tenía perros y me ocupaba en arrear las ovejas al corral. En ese tiempo, un domingo se nos ocurrió con otros muchachos ir al cabo Peñas, donde hay una ensenada que es como una calle sin salida donde había una lobería. Vi una foca y fui para allá, pero el lugar era muy peligroso porque la marea subía de repente. Yo observaba para ver si pasaba eso, pero seguía aunque la gente me gritaba: "¡Ostoich, subió la marea!" Me salvó un muchacho llamado Maldonado, que tenía una yegüita y me la trajo, pero el animal, cuando llegó cerca

de mí, no quiso seguir porque era muy profundo. Entonces me tiró el lazo por encima del cogote y así me salvé de la muerte por segunda vez.

Era un tiempo muy malo en los años 30, cuando había una crisis única. Los lanares habían recargado los campos y no se los podía esquilarse. Los animales no pueden tener mucha lana y ponían las ovejas en la calle para que se murieran. No valían más que veinte centavos. Por eso, pensé ir a Ushuaia porque un primo mío tenía una estancia donde esperaba conseguir trabajo.

¹⁵ En este punto de su relato, Ostoich muestra con una sonrisa una Solicitud de Certificado de la Dirección Nacional de Migraciones, donde se pregunta si ha entrado al país "en vapor, tren, lancha o automóvil", pero junto a lo cual se puso "caballo". El personal, con simpatía, sonreía diciendo que era el primer caso de alguien que hacía un trámite con ese antecedente.

¹⁶ Ostoich se extiende sobre el doloroso tema de las huelgas, asumiendo siempre una posición favorable a los peones. Dado que se trata de un tema polémico y que no incluye información específica, hemos limitado esas referencias a este episodio.

¹⁷ No se puede saber a cuál de los hermanos de ese apellido se refiere. Se trata de los hijos del matrimonio de José Menéndez y María Behety. El era un asturiano, que hizo una enorme fortuna a partir de sus negocios en Punta Arenas, fundando una conocida dinastía y la Sociedad Anónima Exportadora e Importadora de la Patagonia. Su esposa era de origen francés y se casaron en dicha ciudad chilena.

¹⁸ La Primera Argentina lleva ese nombre desde 1918 por haber sido fundada en este país. Era muy extensa e incluso tenía su propio ferrocarril. La Segunda Argentina, luego María Behety, esposa de Menéndez, fue comenzada en 1898 y llegó a ser mayor que la primera, con el galpón de esquila más grande del mundo. Se convirtió en un pequeño pueblo de unas 150 personas.

¹⁹ Esta estancia lleva ese nombre en homenaje a Sara Braun de Valenzuela, hija de don Mauricio Braun, empresario que llegó a ser socio de José Menéndez. Fue iniciada en 1897. En sus campos hoy se explota el petróleo.

²⁰ El frigorífico fue creado por José Menéndez, en relación con sus estancias, la Primera y la Segunda Argentina. Fue comenzado como saladero en 1903 y en 1916 se organizó como Compañía Frigorífica Argentina. Tuvo destacada actuación John Goodall, su director técnico, que se casó con Clara Bridges, hija de don Guillermo y nieta del misionero.

En Ushuaia

Mi primo Juan se había ido a Ushuaia y me llamó. Yo no estaba escapando, de modo que ya había pensado ir allá, para buscar un puesto de guardiacárcel. Me atendió un comisario que me preguntó si sabía algo del robo de caballos de La Sara y, como sabía que yo era un buen hombre, le bastó con que le dijera que no. Mi hermano Nicolás se embarcó en el *Patagonia* y allí se jubiló. Pero yo me quedé ya en la Argentina, este país tan bueno, que abrió sus brazos a todos.

En pleno mes de julio, hicimos con mi hermano Nico un viaje de un mes para llegar a Ushuaia, seguro de que allí encontraría trabajo. El recorrido por tierra fue muy duro. Cruzamos la cordillera por el Paso Garibaldi²¹ y donde le dicen Rancho Hambre,²² pasando el lago Fagnano,²³ antes que hubiera camino. En Remolino²⁴ abordé una goleta. Había tenido que dejar los caballos y seguir de a pie. Iba como un animal asustado, porque sólo tenía veintidós años y además tuve la desgracia de hacerme una quemadura en un pie. Entonces comprendí lo grande que es sentir el cariño de los seres humanos, porque recuerdo bien las atenciones del capitán y el marinero. Me dieron una taza de café y me pareció que esa taza entibiaba toda la fría bahía. Cuando pude observar el pueblo, me pareció triste y solitario. No se veían sus habitantes y sólo algunos caballos por las calles y el

trecinto del presidio corriendo por las vías con los presos que iban a cortar leña al monte.

Un pueblo tranquilo y el presidio

En el muelle estaba mi hermano y yo observé a la gente que venía a ver quién llegaba. Me vieron bajar, renqueando y preguntando por alojamiento y así fui a parar a lo de Antonio Cabezas, que tenía una cantina.²⁵ Éste era un enfermero, que trabajaba con el otro tan bueno que le decíamos Arturito.²⁶ Al tratar más a la gente, me di cuenta de que era un pueblo con un ambiente muy familiar. Todos saludaban y parecía que el destino quería que ese viajero — o sea yo — no se fuera más. No había maldad y, aunque todo el pueblo dependía del penal, se vivía tranquilamente. La mayor parte de la población era chilena y, para sacarse el frío, bailaban como se hace en las provincias. Corrían las empanadas y el vino, cuando lo había, pues pasaban meses sin probar esa bebida que el clima hacía desear mucho. Ushuaia tenía mala fama por el presidio, pero éste era una cosa y el pueblo era otra. La gente era toda buena y todos se saludaban, porque era como una familia grande.

Al llegar a la pensión, me di cuenta que todos estaban contentos de ver a un forastero. Nadie preguntaba quién era uno, ni de donde venía ni si se quedaria. Había gente que se había refugiado allí por política, por ejemplo varios que salieron de Punta Arenas cuando allí se quemó la Federación Obrera.²⁷ Echaron raíces y sacrificaron su vida en la Argentina, que abría los brazos a todos.

Conseguí empleo en el presidio²⁸ como músico, por medio del cabo Allende. Primero había conseguido como carnicero en lo de Lómbardich, pero luego le dejé el puesto a Nicolás. Así me pude quedar en aquel hotel. Era 1930, un año muy malo, y pasábamos meses sin cobrar. Lo que nos salvaba es que nos aguantaban los almacenes de Macías, Olmo o Lombardich.²⁹ Toqué en la banda, con el cabo Domingo Allende, que no sabía nada de teoría, pero tenía buen oído. También

había un español, un tal Andrade, que tocaba el bombo. Era una banda distinta a la que estaba formada por presos. A veces tocábamos en las calles o íbamos a algún club. El pueblo era muy amistoso; si había una fiestita, hacían entrar a cualquier forastero, porque todos eran muy afectuosos. También íbamos al cine de Loncharich³⁰ y al de Fadul³¹ o a las carreras. Quizá se tomaba más de la cuenta, pero no por eso había peleas.

Conversé mucho con los penados e hice como un estudio de la vida del presidio. Prefiero no hablar de las cosas que vi y oí. También hablé con los confinados políticos, que era una gente muy particular, que fue llevada después del año 30, sin pena. Estaban Mercader, Rojas, Cantilo, Guido y otros, que se alojaban en casas particulares. Yo me hice amigo de todos ellos y me sacaban fotografías. Me querían traer a Buenos Aires, creo que un sobrino de Yrigoyen.

A los presos los traían en el *Chaco* o el *Pampa*, en la bodega.³² La *Godoy*, la lancha del presidio, se acercaba al buque y los llevaban a tierra con ella. Todavía me pongo triste cuando pienso cómo he visto que empezaban dándoles una paliza en el barco. Me acuerdo de un hombre al que le faltaba un brazo y se agarraba de la escalerilla con los dientes para poder bajar. Se resbaló y uno de los guardias le pegó con el rifle un fuerte golpe para que se apurara. Un cabo Ivandic, yugoeslavo,³³ que era peluquero, le quiso pegar, diciendo que había que darlo de baja. Ellos pedían por favor que no los golpearan. Hubo tiempos mejores, cuando por ejemplo al penado lo llamaban por nombre y no por número, porque lo respetaban.

Cuando se fugó el penado 218, Kammerat mandó al cabo Allende a buscarlo. Le habían dado un caballo para que se escapara a Chile. Compró una botella de grapa en lo de Cabezas, pero se extravió cuando llegó a Lapataia. Era en julio y lo encontraron después de quince días. De repente oyeron gritar: "¡Aquí estoy!" Se había arrastrado por la nieve y había conservado el calor sólo por el alcohol, aunque se ha-

bía quedado dormido. En el presidio tuvieron que cortarle las piernas porque se le habían congelado y después falleció. Creo que se llamaba Alvarez. El caballo no apareció, hasta que muchísimo después un amigo mío encontró el esqueleto, todavía con el freno en la boca. Como había orden de explicar bien cómo se hacían esos hallazgos, llevó a un sargento hasta allí. Era un correntino gordo, muy conocido, y se cansó mucho porque había que ir montaña arriba y abajo. Cuando llegó y vio lo que había, se enojó, gritando: "¿Para esto me trajo hasta aquí?" y el otro le contestaba: "¡Pero usted me dijo que le enseñe lo que encontrara!"

Al borde de la violencia

Un día tocó la sirena del presidio. El director Adolfo Cernadas no estaba y el que mandaba era el alcaide Carlos Faggioli, que tuvo unas palabras en el Club Social con el subcomisario Omar Rodríguez, quien lo detuvo. Vino el sargento Páez y nos reunió rápidamente, diciendo: "Todos los que estén dispuestos a dar la vida por el director y el capitán Kammeratt, ¡un paso al frente!" Pasaron todos y él dijo: "Vamos a tomar por asalto la comisaría". Ya poníamos bala en boca, cuando vino el teniente Loik, diciendo que lo habían largado. Nos detuvo a tiempo, porque si no, hay una matanza. El indio Matías Silcha me dijo que habían llevado una ametralladora y la habían puesto frente a la policía, porque estaban listos a cualquier cosa. Ese Silcha fue boxeador y lo llevaron a Buenos Aires para mostrarle a un indio ona a Perón; el general le dio un campo; yo lo encontré pescando en una laguna, poco antes que falleciera.³⁴ Cuando todo terminó, Faggioli nos dijo: "Estoy muy agradecido a todos los que iban a dar la vida por mí, cualquier cosa que pasara." Siempre había cuestiones entre la gente del presidio y la de la policía.

Una vez nos llamaron a mí y a otro haciéndonos poner sable y bayoneta. Escuché que querían fusilar a uno por pretender fugarse. Vi cómo lo traían a la rastra, de una

manera que me dio lástima. El hombre gritaba: "¡No me peguen, no me peguen, yo no hice nada!" Cernadas le gritaba: "¿Cómo que no hizo nada? ¡Estaba cantando la Marsellesa! ¡Se quería fugar!" Le



Presidarios en la cantera.

dijo que tratara de escribir una carta en su defensa, usando el dinero que había querido emplear para comprar a alguien.

Conocí a presos muy famosos, como el Petizo Orejudo o Mateo Banks, acusado de haber matado a toda la familia, menos a una sobrina que se escondió en un pozo de agua y lo acusó. A mí me dijo que el asesino fue un peón que se le presentó a las dos de la mañana confesando. El tomó un arma para matarlo y el hombre se hincó y él vio cómo caía cuando le disparó rezando. Era una persona muy religiosa.

También conocí a Saccomano, de quien decían que mató a una telefonista. También insistía en que él no lo había hecho y que todo fue porque andaba con la novia de un comisario. Un ladrón llamado Suárez estuvo a punto de matarlo con la tapa achatada de una lata de yerba.

Era muy famoso uno que le decían "el Mexicano", que hizo muchas muertes. Tenía la captura recomendada en Francia y lo conocí cuando lo llevaron desde Buenos Aires.³⁵

Pero debo decir que, después de eso, hubo justicia, porque vinieron de Buenos Aires e investigaron todo, por las denuncias del médico. Empezaron a venir agentes de policía argentinos, porque antes eran todos extranjeros: españoles, italianos, chilenos, etc. Había muchos que venían de Buenos Aires, pero no se adaptaban al ambiente. El presidio era una cosa muy triste y finalmente me fui porque no soportaba ver tantas injusticias. Vinieron a buscarme, pero



Un arreo en Ushuaia. Atrás el Monte Olivia.

no quise ir. Pero debo reconocer que el presidio hizo mucho bien a Ushuaia, que no hubiera podido existir sin él.

Arreos

También trabajé con don Anselmo Arias en los arreos.³⁶ Era un pionero, de muy buen corazón. Una vez llevamos cinco mil animales. Iban José García, que era sobrino de él, un tal Angel Rodríguez y otros. Nos agarró la nieve en la cordillera y pasamos muchos sufrimientos, porque se nos acabaron los víveres. Fui hasta la estancia de Antonio Lívasic, que murió por el año 80, en un asilo de Río Grande, y él me dio harina. Es notable cómo los ovinos son sufridos. Se ponen en un lugar al reparo de la nieve y se mantienen comiéndose la lana entre ellos. Después nosotros teníamos que abrir el camino y sacarlos de a uno. Cerca de allí vivía el Colorado Krund, un alemán, que era policía y que se hizo famoso porque vivía en el monte con los perros y llevaba el correo con esquís.³⁷ Uno era joven y no lo sentía, pero ahora pienso cómo puede haber llevado esa vida.

También pasé un mal momento cuando estaba trabajando en Lapataia.³⁸ Estaba cortando un rollizo inmenso, sin saber que hay que cortar de abajo y de arriba. Yo lo hice de arriba y se me astilló; pasó justo al lado de mi estómago, pero sin lastimarme. Don Anselmo era un hombre muy bueno, que me aconsejaba muy bien.

²¹ El paso lleva ese nombre en homenaje a Luis Garibaldi Honte, un mestizo sobrestante de Vialidad, a quien se atribuye el descubrimiento en 1936. Sin embargo, la policía de Río Grande reclama que se le llame Paso Medina, en recuerdo del jefe de la comisión que trabajó desde esa ciudad. Además, se dice que en realidad Garibaldi no lo descubrió pues era conocido de antiguo por sus antepasados. Relatos como el de Ostoich demuestran que ya era usado en épocas anteriores a la apertura de la ruta.

²² Este lugar de la ruta lleva ese nombre por un episodio menor. Cuando una comisión estaba allí haciendo los estudios correspondientes, perdieron los caballos y ello los dejó sin provisiones, habiendo quedado en el recuerdo el lugar donde pasaron hambre. Así lo narraban don Vicente Canga, que estaba en esa tarea, y don Guillermo Bridges, pionero administrador de la estancia Harberton.

²³ El lago Fagnano recibe ese nombre en homenaje al pionero de las misiones salesianas, aunque muchos —como la policía— persisten en usar el nombre indígena Kahmi. Es sólo un poco menor que el Nahuel Huapi. Su existencia era conocida por los indios de la región, pero fue oficialmente redescubierto por una comisión al mando de los oficiales navales Eduardo O'Connor y Vicente Montes.

²⁴ La estancia Remolino fue fundada por el misionero evangélico Juan Lawrence, al dejar de ser el maestro de la Misión en Ushuaia y continuada por sus hijos, hasta que fue expropiada por la Marina. Se encuentra a mitad de camino de Ushuaia a Harberton y le fue entregada en recompensa por sus servicios humanitarios.

²⁵ La familia Cabezas era una antigua familia de Ushuaia. José Cabezas, un miembro de esa familia, escribió el interesante librito "Presencia Argentina en el Canal de Beagle".

²⁶ Arturo Angel, llamado Arturito por todos, es otros de los personajes muy recordados en la población por su espíritu de servicio. Nació en España en 1908 y llegó a Ushuaia en 1913 donde estuvo veinte años. En ocasiones era el único agente de la salud y por eso actuaba prácticamente como médico. Arriesgaba su vida al salir en plena noche en la nieve para atender a un enfermo. Su sobrino José Arturo Estabillo fue el primer gobernador electo de Tierra del Fuego.

²⁷ Se trataba de cuatro personas, alguna de las cuales fue cabeza de una ilustre familia ushuaiese. Además, es interesante mencionar al que era conocido como "Capitán Tormenta". Se llamaba José Alvarez y trabajaba en el campo. Recordamos bien una noche tormentosa en que nos alojamos en su casa en Almanza, objeto de grandes atenciones, como el cedernos su "cama" y dormir él entre dos cueros, como era habitual.

²⁸ El presidio fue la institución más importante de Ushuaia hasta su clausura en 1948. Era la principal fuente de trabajo y, como dice Ostoich, la causa de muchos adelantos del pueblo. Tenía más de quinientos penados, muchos de ellos de extrema peligrosidad, y de trescientos empleados, cuando el pueblo tenía entre mil y dos mil pobladores. Se han escrito varios libros sobre él, por lo general destacando sus aspectos negativos, que por cierto en general no eran exagerados. Sus instalaciones fueron entregadas a la Base Naval, que aún funciona allí, aunque existe el proyecto de trasladarla a la península de la Misión, del otro lado de la bahía. En uno de los pabellones funciona el Museo Marítimo y Museo del Presidio.

²⁹ Los Macías fueron a Ushuaia desde Punta Arenas en 1905 y tenían un almacén. Pascasio Olmo llegó a Ushuaia en 1903 y trabajó muchos años en el presidio donde llegó a subalcaide. Los Lombardich se radicaron en la ciudad en 1910 y su comercio llegó a ser uno de los más importantes de la población.

³⁰ Esteban Nicolás Loncharich llegó a Ushuaia en 1936. Tenía un comercio en sociedad con Alejandro Fadul y también un cine.

³¹ Barcleit Fadul fue el primer libanés que se radicó en Ushuaia desde 1913. Tuvo un importante comercio y sus hijos se han destacado, siendo su sucesor su hijo Alejandro. Su hija Juana fue una conocida maestra, cuyo nombre lleva una calle céntrica y Ester fue una de las primeras diputadas nacionales fueguinas.

³² Estas dos naves eran parte esencial de la vida fueguina. Fueron construidas en Glasgow en 1895 y viajaron regularmente a Ushuaia desde 1899. Fueron radiadas en 1924 y 1925, pero reemplazadas por otras del mismo nombre, construidas en Dantzig, con medidas algo menores. Sus servicios terminaron en 1950.

³³ Simón Ivandic era croata nacido en 1899 y estuvo antes en Punta Arenas. Luego fue carpintero de ribera y después trabajó con un bote que él mismo había reconstruido. Volvió a morir en su tierra. Tenía un hermano llamado Felipe.

³⁴ Matías Silcha era un aborigen de fuerte contextura, que es mencionado en los libros de los dirigentes radicales Ricardo Rojas y Víctor Guillot, sobre sus experiencia cuando estuvieron confinados en Ushuaia. Era muy apreciado por su trabajo en Vialidad. El viaje mencionado fue hecho acompañando al gobernador Siches.

³⁵ Este personaje es mencionado por varios autores. Era célebre por su gran corpulencia y su resistencia a la autoridad, incluso en intentos de fuga en los que casi muere. Estaba condenado por homicidio, pero al presentar síntomas de alienación fue devuelto a Buenos Aires. Fue internado en el Hospicio de las Mercedes, donde llegaron a la conclusión de que era un fabulador y entonces fue reenviado a Ushuaia.

³⁶ Anselmo Arias nació en España en 1891 y llegó a Ushuaia en 1913. Fue un hombre muy emprendedor, en la cría de ovinos, el aserradero y otros negocios. Era muy respetado en la población. Su hija Alba se casó con José Miguel Oyarzún, que también se destacó en muchos emprendimientos de bien social y sus nietos —que serán mencionados luego— fueron pioneros en la industria de la turba.

³⁷ Se llamaba Ernesto y ha quedado muy grabado en el imaginario ushuaiense, donde una calle lleva su nombre, así como una montaña cercana. Se decía que había estado en un buque de la primera guerra —como hubo otros casos— pero no es probable. Nació en 1883 y murió en 1960. Trabajó en la policía, en ciertos tiempos por razones humanitarias, porque su afición al alcohol le restaba eficiencia, aunque no en forma notoria. También estuvo en la comisión que descubrió el paso Garibaldi.

³⁸ Lapataia, a unos 30 km al oeste de Ushuaia, es la última bahía en la parte argentina. Actualmente está allí el Parque Nacional. Además del aserradero de Anselmo Arias, hubo varios otros desde muy temprano en la ocupación argentina. Es una zona de gran belleza natural.

En Bahía Aguirre

Desde 1920, mi primo Juan estaba poblando Bahía Aguirre. Es un lugar muy lejano, más allá del Canal Beagle y que —salvo cuando hubo subprefectura en Bahía Thetis— fue lo más al oriente de toda la isla donde hubo gente. Además, es un lugar famoso en la historia. En ese lugar, más bien en el fondo, en una parte llamada Puerto Español, están enterrados siete hombres, el capitán Allen Gardiner y sus seis compañeros, que murieron de hambre y de frío en 1851, cuando planeaban ir a evangelizar a los indios. Nunca llegó el barco que debía llevarles las provisiones y eso provocó la tragedia.

A mi tío Mateo le iba mal en Punta Arenas, porque eran cuatro socios que habían ido a Bahía Aguirre. Se fueron retirando de a uno, hasta que quedó él solo. Después, trajo al hijo para tres meses, pero estuvo sesenta años; tenía estudios, porque llegó hasta sexto año del liceo, pues la familia estaba en buena posición. Pero no sabía nada del campo y entonces los padres me insistían para que fuera a ver por qué no adelantaban las cosas.

Yo me fui para esos lados con mi hermano Nicolás y poblé más o menos cerca de mi primo Félix, en el Cabo San Gonzalo,³⁹ a la entrada de la bahía. Estuve allí solo desde 1930 hasta 1942 y con mi esposa hasta 1950. Después voy a contar la historia de esa mujer tan valiente. Llevé cuatrocientos

tos animales, pero, como eso no daba para comer, tenía que dedicarme a otras cositas y por eso me iba a hacer arreos. También me iba caminando hasta la bahía Valentín, todavía más al este, o cruzaba la isla hasta llegar a la bahía Policarpo,⁴⁰ por tierras donde creo que nunca anduvo nadie. Iba para ocupar el tiempo, porque en Bahía Aguirre era muy monótono. No me preocupaba cuánto tardaba ni dormir en la nieve, porque esos viajes los hacía en invierno. Para ir a Policarpo, que queda frente al océano, subía a una montaña y desde allí veía esa bahía. Pasaba mucho frío y una vez creí que se me helaban las piernas. Era en Valentín y saqué unas maderas del rancho para calentarme y por eso a la noche se me cayó encima.

A menudo pasé mucho tiempo en Sloggett con Antonio Márusic. El trabajaba con el oro y dicen que dejó muchas botellas enterradas. Había inventado un calendario propio. Todos los días marcaba en una piedra hasta dónde llegaba el sol y entonces aseguraba que podía calcular qué día era, porque vivía completamente solo. Además, sabía predecir el tiempo; por ejemplo, calculaba que si el 1° de junio había tiempo bueno, también sería bueno en enero, y si el 2 era malo, lo sería en febrero; no lo recuerdo bien, pero era más o menos así.

Explotación del oro

El oro estaba en la playa. Para ese tiempo, se había acabado el oro en pepitas que era el único que resultaba comercialmente redituable. Al principio, los mineros, que tenían un ojo muy experto, miraban dónde había pizarras y descubrían las vetas. Posteriormente, comenzaron a extraer de la playa, esperando la baja marea y trabajando las rocas con un pico. En el tiempo de las pepitas, se trabajaba con unas pepitas especiales y en mangas de camisa, ya que se debía evitar que los hombres, que trabajan bajo concesionario, escondieran sus hallazgos. Había pepitas como garbanzos.

Después se trabajó en la arena. Había pequeñas máqui-

nas de lavar oro, con una especie de tina arriba, donde se echaba agua de mar limpia, que caía por una canilla al cajón donde se colocaba la arena que era lavada entre placas semejantes a las antiguas tablas de lavar ropa. Se bañaban con mercurio, que era como un imán para el oro. Luego se colocaba en un trapo y se lo estrujaba. Se ponía todo sobre una cuchara y se calentaba hasta fundirlo. Después se golpeaban los restos del trapo, porque las pelusitas de oro tenían valor. Así se fundía en trocitos que se echaban en una botella, generalmente de whisky. Los compradores desconfiaban y los raspaban para ver si no había otra cosa adentro. Hasta hoy es un secreto quiénes eran los compradores. En Ushuaia se pesaba en los almacenes y se pagaba de acuerdo a las noticias que llegaban por la radio. Como medida de peso, se usaba una moneda.

La arena se colocaba en un recipiente y se la hacía girar con la mano o con una pala, que se llamaba "challa". Por eso, ese movimiento se llama "challar" y exige cierta práctica. Al final, quedaba el oro mezclado con polvo de hierro y éste se sacaba con un imán.

Márusic fue el primero de nuestra familia que estuvo en la zona; realmente no era de nuestra sangre, sino que había sido criado por ella. Su padre, don Ambrosio, debe haber llegado desde Dalmacia a Punta Arenas a fines del siglo XIX. Estuvo buscando oro en Sloggett, pero no por mucho tiempo y se fue a Río Cuarto, en Córdoba, donde se casó y tuvo nueve hijos. El mandó buscar al tío Antonio, al que le decían así porque lo era del que después estuvo en Sloggett y que vino en 1903. Vivió hasta cerca de 1960. Era un hombre muy religioso, que nunca trabajaba los domingos y pasaba ese día rezando. Tenía unos bigotes enormes que le cruzaban toda la cara y los domingos se pasaba una hora lavándolos. Me habló mucho, diciéndome que quería que lo enterraran allí y que ya tenía elegido el lugar para la sepultura. Allí está el misterio del oro que él recogió, pero no hay

que entusiasmarse porque puede ser un chiste, aunque a veces los chistes son verdad.

Mi hermano Nicolás, el que mataron en Comodoro, puso allí una imagen de San Antonio. Ya estando en Buenos Aires, le pregunté a Márusic por la estatuita y me dijo que la había retirado, porque la humedad le había hecho desprender la cabeza.

Yendo a Bahía Aguirre

El viaje era muy difícil, porque no había caminos como ahora. Yo siempre llevaba una botella de caña, que allá se usaba mucho por el frío. Pero se me cayó. Era una gran lástima porque no había forma de conseguir otra, porque estaba todo despoblado. Mi hermano siempre se acordaba cómo me bajé enseguida y dejé un pocito en la arena. En un momento no se podía seguir a caballo; dejamos los animales en la cordillera y continuamos de a pie, cargando las pilchitas. Me acuerdo que era verano, porque aclaraba muy temprano.

Cuando llegamos mi hermano y yo, Márusic se pegó un susto, porque no se imaginaba quién podía andar por allí. Después seguimos hasta Bahía Aguirre, donde tuvimos que cruzar un río. Era temprano y de lejos veíamos las vacas. Nos pusimos a gritar con entusiasmo y vi un galpón donde él ponía la lana para cuando entraran las embarcaciones por el río. Yo hice humo y parece que mi primo y un peón, que se llamaba Félix y que me conocía de chiquito, nos vieron venir. Casi nos mata mi primo, porque al principio creyó que éramos penados prófugos. Félix cruzó el río con una chalana y yo le grité: "¿Qué tal, Félix? ¿Cómo te va?" Cuando noté que se asustaba, volví a gritar, diciendo: "Yo soy Pedro y él es Nico". Pero él no atinaba a nada, porque estaba nervioso, por la falta de costumbre de ver gente por allí. Después nos contaron que estaban seguros que éramos presos escapados, pero Félix dijo: "Voy yo. ¿Qué me van a hacer?" Cuando se acercó, Juan gritó: "¿Quién es? ¿Pedro?" y

yo le contesté que sí. El peón y nosotros avanzábamos, llevando él nuestras maletas. Mi primo volvió a levantar la carabina, porque, cuando yo le hice señas con la mano, creyó que lo estaba amenazando.

Después he pensado que mi hermano y yo éramos como dos pájaros solitarios, que cruzamos volando el Estrecho de Magallanes hasta Porvenir y seguimos hasta Bahía Aguirre. Cuando llegamos al río Bonpland, fue donde Félix se asustó al vernos, pero nuestra voz resultó como el canto de los pájaros que se oyen en ese lugar. Cuando oyó que seguíamos cantando con nuestros gritos, mi primo no se animó a apretar el gatillo y nos salvamos. Entonces pensó con cariño que ya no estaba solo. Me acordé de todo eso cuando conocí a mi señora. Traté de ser como un jilguero, aunque sólo podía dar chiflidos porque el jilguero no canta sino que chifla.

Radicado

Me gustó el lugar y resolví quedarme. La verdad es que al principio, cuando estudié la estancia, que era pura barranca, me dio una impresión fea. Mi primo me dijo que iba a abandonar el lugar y que ya había recibido la orden, pero yo le dije: "No, Juan, no abandones; allá la situación es mala. Quedate aquí."

No sé qué me da contarle, pero yo tuve que enseñarle a trabajar. Por ejemplo, le dije que hay que trabajar con perros. Como él no sabía del campo, nunca había trabajado con ellos. Cómo sería que, cuando querían llevar un carnerito de una parte a otra, le ponían una soguita. En ese tiempo tenía unas quinientas ovejas y un campo de invierno y otro de verano y los animales se le morían en la tranquera cuando tenían que pasar a los campos de verano.

Al llegar a Bahía Aguirre hice mi primer ranchito, junto a la cascada del río. Lo levantamos con madera aserrada allí mismo y alguna que otra que traía el mar. Había tenido la idea viendo uno como de indios que había hecho Lívasic.

Me ayudó mi primo, aserrando madera con una sierra especial para eso, con un serrucho con los dientes inclinados hacia abajo. De ese modo, al cortar subía y uno pegaba el golpe abajo y cortaba, porque al subir no tenía dientes. Con mucho sacrificio pude hacer mi casita. Había que buscar árboles de cierto espesor para poder colocarlos en el caballete, que tenía como dos metros de alto. Antes de subir el rollizo había que cuadrarlo con el hacha. Después se marcaba el grosor de la tabla con un piclín y se cortaba. Ese sacrificio lo tuvieron que hacer todos los pioneros, porque se debe recordar que por toda la costa hasta la bahía Policarpo, la única madera que hay es el coihue, de dos clases: una que flota en el agua y otra que se hunde.

Los primeros animales se me morían y las ovejas o vacunos no engordaban. Por lo que comían, los lanares tenían la carne negra y un gusto de lo que le daba la naturaleza en los pantanos y los pastos. Había que quemar juncos para que hubiera pastos para los animales. Los caballos abrían la tierra con sus vasos. Traían semillas en ellos y con su propio abono se iban haciendo los campos. De todos modos, yo tenía que molestar a mi primo porque mis campos eran pobres.

Las ovejas

Yo empecé comprando doscientas ovejas a don Guillermo Bridges. Él era hijo del misionero Tomás Bridges, que había formado el pueblo de Ushuaia con los indios, antes que llegaran los marinos argentinos. Después, el gobierno le dio tierra y formó la estancia Harberton, que fue la primera, y progresó mucho. Cuando murió, su hijo Guillermo, quedó a cargo de la administración y era muy respetado.

Iba conmigo Rafael Gastalumendi y así poblé el lote 104 en Faro San Gonzalo. También puse animales a lo largo del río Sloggett. Por eso a la sierra de esa zona se la llama Sierra Ostoich; el nombre aparece en el mapa que hizo la Sra. Natalie de Goodall, la nuera de don Guillermo, y en otros,

pero no en los oficiales. Gastalumendi estuvo después en Puerto Rancho y en Moat.⁴¹ Allí quedó luego Varela, el que se casó con doña Enriqueta, que tenía sangre india y que hace los guanaquitos.⁴² Francisco era un muchacho muy inteligente, que sabía mucho de barcos y de otros temas. Yo lo conocí cuando andaba por Bahía Valentín con tamangos. Vino a Buenos Aires a hacer el servicio militar y fue asistente de un comandante que se interesó en él. Años después, recibí un recorte de un diario del Azul, diciendo que había estado allí el escritor y dibujante Francisco Gastalumendi. En aquel tiempo, las comunicaciones no estaban tan adelantadas y su hermana Enriqueta no se había enterado, pues no sabía nada de él.

Llegué a tener quinientos animales. Mi primo tenía seiscientos y yo se los hice llegar a tres mil porque su tierra era mejor. En Sloggett tenía vacunos y caballos. La lana la mandaba a Buenos Aires, pero el problema era conseguir barco para despacharla desde allí. Muchas veces veíamos acercarse uno y tanto mi primo como yo nos apurábamos a levantar la bandera argentina, confiando en que bajarían al menos para alcanzarnos algún diario viejo o cualquier clase de novedades, porque no teníamos absolutamente nada. Le clavábamos los ojos para ver si se movía una lancha. Pero casi siempre nos quedábamos con la tristeza de verlos alejarse, dejándonos así. Con mucha pena, bajábamos la bandera, casi abrazándola y besándola. Aunque no nos vinieran a ver, amábamos esa bandera que nos dio una nueva vida, porque el país nos recibió. Me hacía pensar mucho eso de que éramos sólo dos chilenos los que poblábamos ese rincón.

Fui el único que traje arreo de capones desde Bahía Aguirre hasta Ushuaia. Tuve que enseñar a caminar a los animales. Cuando saqué la caponada después de muchos años, fue aumentando, porque yo hice largarlos campo afuera por todos lados. Tuve que avivar a Juan diciéndole que los animales no pueden estar encerrados y además no se podía

hacer cerco, porque la madera siempre se pudre. Yo sacaba los capones del corral, con los perros punteros. Salían disparados a todo lo que daban, pero después se iban calmando poco a poco. Recién cuando aprendieron a caminar, a agarrar el tranco, los saqué a Ushuaia. Creo que ese año le vendí animales al turco Fadul y a Pedro Mata.⁴³

Como fui el primero que pasó esa zona con lanares, encontré un camino. Tengo una foto de ese camino que ahora pasa por el Olivia. Tengo otra que muchas veces quise romper porque mostraba la forma en que vivía. Me las ingenia-ba para sacarme fotos yo solo. Ponía la cámara encima de un cajón, con un piolín atado, y tiraba y así salía la foto.

Esa vida le perjudicó la salud a mi primo y tuvo que alejarse. En 1965 vendió todo; yo lo acompañé en 1975 y pronto murió.

³⁹ El cabo San Gonzalo es el extremo suroccidental de la bahía Aguirre, en la llamada punta Kinnaird. El nombre le fue dado por la expedición española de los hermanos Nodal en 1619. En realidad, el nombre fue dado inicialmente a un lugar en la bahía Buen Suceso.

⁴⁰ En este lugar de la costa atlántica está la estancia más oriental de la isla, adonde aún hoy es difícil llegar por tierra. Fue comenzada en 1911 por Francisco Bilbao, un destacado poblador de Río Grande, padre del gobernador Ruperto Bilbao.

⁴¹ La estancia Moat se encuentra sobre el canal Beagle, a poco más de la mitad de la distancia a Bahía Aguirre. Hasta allí llega el camino hecho por el ejército y que fue planeado hasta aquel lugar. Fue establecida en 1902 por Antonio Isorna, un español que llegó con la expedición argentina de 1884; sus descendientes aún viven en Ushuaia. Actualmente es propiedad de Martín Lawrence, nieto del misionero Juan Lawrence, maestro de la Misión. Ostoich reitera su respeto y gratitud hacia este destacado vecino, lo que es compartido por todos.

⁴² Doña Enriqueta, popularmente conocida como "la india Varela" es una personalidad del mundo artístico fueguino. Siendo totalmente autodidacta, ha hecho magníficas tallas de madera de distintos aspectos de su tierra, como indios, plantas y animales. Lo más popular fue precisamente el guanaco. Luego formó una escuela donde sus alumnos continuaron su meritoria labor.

⁴³ Era un español que tenía una panadería. Su familia tuvo una actuación interesante en Ushuaia.

La vida en soledad

Bahía Aguirre se pobló porque algunos mineros como Antonio Márusic y mi tío Mateo habían visto la zona cuando pasaban para fondear allí. Les pareció que había muy buen pasto, pero no se atrevían a bajar por miedo a los indios y porque sabían lo que había pasado con los misioneros ingleses. Cuando se resolvieron a bajar, todavía se veían los restos de las fogatas de los indios, que habían ido desapareciendo con los años. De ese modo, se establecieron los cuatro que he contado y finalmente quedó mi primo y después yo.

Pensamientos de un solitario

La vida en Bahía Aguirre me resultó muy difícil, porque estaba completamente solo casi todo el tiempo. Si me preguntan por qué me quedé tanto tiempo allí, es difícil contestar. La primera razón es que era un tiempo difícil y no había trabajo en ninguna parte. Pero a veces pienso que cada uno tiene su destino y que ése era el mío.

Me iba al borde del mar y me sentaba en una piedra a pensar qué sería de mí, creyendo que moriría de viejo allí. Me sentaba allí al atardecer, cuando el sol se ponía sobre mi rancho, escuchando el canto de los jilgueros alrededor. Dios me cuidó y me dio salud, que me dura hasta ahora, a pesar de todo. Él siempre cuida de los que tenemos que llevar una

vida así, porque los que estamos en una de esas zonas, nunca nos enfermamos y además Dios nos cuida de todos los peligros.

Había algunas palabras que tenía muy grabadas en el corazón: "Que Dios me de fuerzas para irme de estos lugares". Aunque era joven, me daba cuenta de que eso tendría que ocurrir alguna vez, no fuera que me pasara como a mi primo Juan, que se enfermó de reumatismo por el clima y por eso murió. Yo salí a tiempo, porque mucha gente que lleva esa vida, pierde el sentido, como si se volviera loca y ya no sabe tratar con los demás.

Nadie sabe lo que es la soledad si no la ha vivido. A veces conseguía un diario o una revista de un año atrás, que me dejaba algún barco que entraba en puerto y lo leía y releía muchas veces todos los días.

Mis mejores amigos eran los perros. Cuando me sentaba frente al mar al caer la tarde, ellos se acercaban para que los acariciara, saludándome con la cola, como una señal de alegría al verme. Cuando mataba un guanaco, me hacía unas tortillas con harina. Le clavaba un cuchillo, recogía la sangre en un tacho y después la cocinaba, mezclada con la harina y ésa era mi comida, que compartía con ellos.

Cuando uno pasa mucho tiempo así solo, aprende a mirar la naturaleza y a pensar en muchas cosas. Por ejemplo, yo me puse a razonar que Dios hizo cosas buenas y cosas malas, pero que siempre quiere que de lo malo salga lo bueno. En realidad, podría aplicar esa idea a cómo me fue en la vida pero ahora estoy pensando más bien en cómo funciona la naturaleza. Por ejemplo, en ella hay oveja y chivo, guanaco y llama, vacuno y búfalo, caballo y cebrá, paloma y torcaza, gaviota y gavián, cisne y flamenco y así en toda la naturaleza. Pero Dios siempre saca lo bueno de lo malo.

Ésa es la idea de la poesía que escribí sobre el presidio, que no era nada bueno, pero que sirvió "para dar vida al pueblo" que si no, estaría olvidado, pero allí se ve que Dios "hizo al mundo con lo malo y con lo bueno". Dios me mandó

como un ser que debía hacer algo bueno para esa zona, para mejorar las costas de los canales.

Los turbales y un naufragio

En la zona hay muchos turbales. La turba es un carbón esponjoso, empapado en agua, que se desarrolla en algunos terrenos. Según mis estudios, hay tres clases de turba: la que crece mucho, la que crece poco y otra que no crece casi nada. La turba jamás va a desaparecer, no siendo que haya una gran sequía, porque la turba vive y se mantiene con el agua en los climas fríos en campos como los de Tierra del Fuego o las Malvinas. En San Sebastián hay una turba que sirve para la cocina, pero hay que cortarla como ladrillos de construcción. La gente la apilaba y, una vez seca, la usaba para la calefacción. Para los animales era muy mala y por eso muchos pobladores abandonaron sus campos.

Sin embargo, hubo gente que aprendió a explotarla, por ejemplo los nietos del pionero Anselmo Arias, los muchachos Oyarzún.⁴⁴ Habían estudiado el tema durante varios años y pensaron que, si en otras partes como las Malvinas, se explotaba la turba, también se podría hacer allí. Al principio tuvieron muchas dificultades, pero persistieron y mandaron muestras para que fueran analizadas y uno de ellos hizo un viaje a Alemania.

Una vez allá por 1937, yo andaba caminando por la playa y encontré mucha madera blanca, un portalón, un salvavidas. Después de mucho tiempo, años en realidad, vino un tal Iglesias, que era policía y por él me enteré que había habido un naufragio y que barcos argentinos andaban buscando los restos. Ese tipo de hallazgos era un entretenimiento para los que poblábamos esa zona. Dicen que era una fragata alemana, un buque escuela, que andaba recorriendo el mundo.

Veía pasar los barcos argentinos, pero ninguno se acordaba de los pobladores y bajaban a tierra para preguntar por nosotros. Cuando le conté a Iglesias lo que había encontra-

año 1930 Isla Ushuaia Ushuaia



Pedro, sus hermanos y su primo Juan Ostoich.

do y él volvió a Ushuaia, informó de eso y el subprefecto Acosta me mandó a buscar. Fui y le conté todo lo que sabía. Lo que no sabía era el nombre del barco, porque estaba borroso y era algo como *Almirante Kampfanger*. También decía "Hamburgo". Firmé un papel comprometiéndome a no decir a nadie los indicios que había encontrado. La verdad es que no sé qué andaban buscando y prefiero no tratar más el tema. Cuando volví a liquidar todo, aún aparecían restos.

Al comandante le dije que quería que hiciéramos un arreglo: que él me mandara víveres y cargaba mi lana y yo le entregaba lo que había encontrado y quedamos en eso. Pero cuando yo vi que se acercaba el barco, tuve una gran desilusión, porque siguió de largo y yo me desanimé mucho. Después mi primo me dijo que se habían llevado todos esos indicios. Pasando el tiempo, el subprefecto Acosta me mostró una foto en el diario *Crítica*, donde él estaba retratado con uno de los salvavidas. Al pie decía que esas cosas habían sido encontradas cerca de Bahía Aguirre. Pero a mí ni siquiera quisieron nombrarme.

El viaje Ushuaia - Bahía Aguirre

La distancia de Bahía Aguirre a Ushuaia es de cincuenta y dos leguas. Los primeros pobladores la hacían a pie una vez por año para conseguir víveres para el invierno, salvo cuando conseguían un barco. Tardaban todo un mes en el viaje porque no había camino ni lo hay todavía hasta allá. Llega solamente a Moat y siempre dicen que lo van a extender.

El problema era el cruce de los ríos que muchas veces eran peligrosos. Cuando había grandes lluvias, había que buscar algún paso en la cordillera, río arriba. Buscaban algún árbol caído que hiciera de puente. A veces había que esperar que bajara la marea y, si se podía pasar, a veces había que hacerlo con el agua por la cintura. Uno iba adelante, como guía, con dos palos para que la corriente no lo arrastrara. Me acuerdo cómo hacía esos viajes la madre de Cirilo Bóscovic.⁴⁵

Yo iba a caballo, pero muchas veces, a causa del terreno, tenía que seguir a pie para aliviar al animal. En Puerto Rancho hice amistad con un minero, que había encontrado oro en un campo que era mío. Yo no sabía nada del tema y él me sugirió que lo fuera a buscar con caballos, para hacer un estudio. Creo que fue en el mes de agosto o septiembre, un tiempo en que no hay pasto para los animales, de modo que estaban débiles.

Conocía un lugar para cruzar el río Sloggett, no en la desembocadura sino más arriba, porque muchas veces me había tenido que tirar a nado para aprovechar un desplante donde pudiera salir el animal. Le conté que iba en pelo, porque no llevaba montura, pero que iba con una maleta de provisiones y otras cosas que no quería que se mojaran. Me lo puse al hombro y traté de cruzar con una yegüita, pero mientras cruzaba noté que el animalito se debilitaba y se volvía para atrás. Entonces quedé agarrado de la tusa con la maleta al cuello, porque me parecía un sueño que me

estuviera ahogando. El animal hizo un movimiento y yo traté de deshacerme de la maleta, pero él me pegó un cabezaso, porque las maletas llenas de agua eran como una esponja que no se iba al fondo. La segunda vez que me golpeó me di cuenta de lo que siente una persona que se está ahogando. Estando así en el agua, me vino una gran fuerza de voluntad, porque siempre me he salvado de todos los peligros de la vida. En esos momentos, el animal ya no hacía ningún movimiento y yo estaba esperando que hiciera algo para flotar. Empecé a tragar agua y a ponerme nervioso, porque me parecía que el organismo se me iba a reventar. Entonces la yegua hizo un movimiento y flotó, arrimándose a un lado del río, aunque no al desplaye, sino a una barranca.

Yo nunca le pegaba a los caballos y creo que por eso me salvó. Entonces me arrimé al lado de las orejas, porque en la parte trasera estaba en el agua y no tenía fuera más que las patas delanteras, pero la corriente le arrastraba las traseras. No me quería tirar, porque el peso iba a arrastrarme. Cuando me aseguré bien, pegué un salto, saqué las maletas y comencé a hacer salir el agua, pero en ese momento vi que la corriente me arrastraba el animalito y yo lo veía con mucha pena. Por eso, le dedico estas líneas porque me salvó la vida.

Cuando llegué a lo de Márusic me dio otra ropa y parecía como para un concurso de disfraces.

Más peligros

Hubo otro caso en que un caballo me salvó. Yo iba desde Ushuaia a Bahía Aguirre con un padrillito que me había regalado Nicolás Pavlov.⁴⁶ Lo había dejado en Puerto Rancho aunque el campo era muy pobre. Cuando lo agarré, estaba muy flaco. Tuve que hacer casi un día de viaje desde allí hasta Sloggett, pero hay que decir que, cuando la gente vive sola mucho tiempo, llega a molestarle que aparezca otra persona, de modo que no quise encontrarme con el poblador de aque lugar que tenía una embarcación en la embocadura

del río. Me dije: "Voy a cruzarlo, porque ya lo hice muchas veces." Pero aquel día estaba muy crecida la marea y traía mucha agua, Tuve que quedarme esperando que bajara, porque allí el río ya no se llena, sino que se hace como una represa y hay mucha más calma.

Hay mucha extensión que cruzar, aunque el agua es más calma. Puse una estaquita en el río para ver cuándo bajaba la marea y me fui a dormir. Vi que el animal venía corriento y de ninguna manera quería cruzar el río. Yo tenía la costumbre de no pegarle y lo seguía de un lado para otro. Cuando noté que no quería cruzar, lo largué solo, poniendo el cabestro arriba para que no se enredara las patas. Vi cómo puso el pecho contra la corriente y siguió nadando hasta una piedra y salió mar afuera. Yo pensaba cómo Dios lo había usado para salvarme. El pobre animalito dio unas cuantas vueltas, pero hubo una resaca donde el agua estaba más calma. Entonces busqué un lugar más arriba para poder cruzar en un tronco caído, porque no había otra forma. Por eso digo que ese animal me salvó.

Otro ejemplo de los peligros de esa zona fue algo que pasó en el año 1942. Tenía como trabajador a un muchacho de dieciocho años, un tal Barrientos. Lo había contratado para agarrar unos vacunos salvajes que andaban por el río Sloggett, en la parte de adentro. Como en esos días llovía mucho, no lo podíamos hacer y yo veía que se acercaba el Año Nuevo. Entonces cayó por allí un hombre, que era hermano del Andrade que en ese tiempo estaba con la compañía Sadicap en Bahía Aguirre, de la que voy a hablar más adelante. El muchacho se entusiasmó, diciendo que quería ir a Ushuaia donde tenía a sus padres para pasar las fiestas. Poco después vino mi hermano Juan desde el pueblo y le pregunté si sabía algo de Barrientos, pero me contestó: "Ese muchacho ya no vuelve más". Le pregunté por qué y me contestó: "Se ahogó en el río Moat. Cuando veníamos de Ushuaia, yo le dije: 'Mire, Barrientos, si por un caso vuelve por aquí por cualquier cosa, no trate de pasar con la marea

llena la parte del río, sino trate de buscar la parte de arriba', pero no me hizo caso." Que me perdone el muchacho, pero tenía un defecto, porque se inclinaba muy para adelante en la montura del caballo. Yo le había dicho que eso era muy peligroso, porque en cualquier momento el animal puede pegar un empujón y él se caía.

Ése fue el destino de ese muchacho. Iba con el caballo subido a la cincha y así trató de pasar el río. Se conoce que el animal se puso a nadar y él pegó un tirón al que llevaba de tiro y entonces se cayó y se ahogó. Después me citaron para averiguar, porque, cuando lo encontraron, Barrientos no tenía ni una gota de agua en el estómago. Lo había descubierto el poblador Jesús Varela, que cincha sin rienda. Fue a avisar a la policía y, cuando volvió, encontró al pobre muchacho.

También hubo el caso de un hombre que se le ahogó a Márusic en el río Sloggett. Por eso digo que Dios está conmigo y no ha querido que me ahogue en esos ríos.

Recorridas

Como la vida era muy monótona y aburrida, a veces me iba a explorar y llegaba hasta lugares lejanos como las bahías Valentín o Buen Suceso. A veces allí costaba mucho avanzar. Lo que yo hacía era tirar el lazo hasta un árbol cerca y tirando avanzaba dos o tres metros; después, volvía a tirarlo y seguía otro poco. En Valentín tenía dos ranchitos, uno de ellos hecho por mi papá. Una vez encontré un cráneo con un proyectil en la nuca, pero no podía saber si era de indio o de blanco. En realidad, allí iba a zorrear, porque abundaban animales de piel muy fina, los zorros colorados. Una vez fui con un chileno, de Chiloé, que se llamaba Caucheo, que después trabajó con Salomón⁴⁷ y en el madero. Casi lo mato, porque el arma se me enredó en las ramas y se me escapó un tiro, pero por suerte no pasó nada. Cuando cazamos un zorro y le sacamos la piel, yo vi que tenía la carne muy blanca y me pareció que sería buena

para comerla, poniéndole orégano y ajo como hacía con los guanacos, para que tuvieran mejor sabor. Pero Caucheo no quiso saber nada y ni la probó. A mí me resultó muy rica, pero después me di cuenta de que él sabía más que yo, porque estuve enfermo con gases en el estómago.

Este Caucheo se hacía tamangos con piel de guanaco, como los gauchos se los hacían con pata de potro, o sea cortando el cuero de esa parte del animal y cosiendo al final para que los dedos del pie no queden afuera. En una ocasión, me salvó la vida. Yo había empezado a deslizarme por un barranco y me di cuenta que me iba a matar. Lo llamé a gritos, diciéndole que fuera con el hacha que yo siempre llevaba. Con ella fue haciendo pocitos para que yo me agarrara y pisara y así conseguí salir.

Yo mismo esquilaba en diciembre, porque no había nadie para ayudarme. Cuando estuvo mi esposa, ella quiso probar pero, pobrecita, no pudo porque se precisa mucha experiencia. También me había hecho una prensa y una enfaradora para doscientos o cuatrocientos kilos, que pesaba con una balanza de piñón, o sea un palo con una roldana y el plato en la otra punta. Había que trabajar muy duro para prensar la lana. Yo había conseguido una forma de sacarla para llevarla a Ushuaia, por un arreglo que hice con un comandante, que iba a buscarla y yo le daba cueros de zorros colorados que se vendían muy bien.

Para que la vida no fuera tan aburrida, casi todos los años me iba un tiempo a Ushuaia y allí trabajaba llevando arreos para don Anselmo Arias o don Francisco Bilbao, de Río Grande. Tenía una piecita en el pueblo, frente a la iglesia, y me quedaba allí. También me armé un campamento en el lago Roca para bajar rollizos.

Ritmo de vida

En Bahía Aguirre empezaba el día muy temprano, porque también me acostaba temprano, a eso de las ocho. Tomé la costumbre de tomar sólo mate por la mañana y sigo así

hasta ahora. Después me ponía a recorrer la playa, por el gusto de caminar y viendo si encontraba algo, pero sobre todo para disfrutar de la naturaleza.

Comía mucha carne asada, de capón o de guanaco. Mársic se enfermó por esa dieta, pero yo me había hecho una quintita, donde había habido un campamento de indios y allí tenía lindos repollos, lechugas y nabos y también papas, aunque daba mucho trabajo que éstas se dieran. También cazaba avutardas con mi rifle 22 para comerlas. El *Patagonia* me había traído una cocinita y algunas ollas. Como era la costumbre yugoeslava, me amasaba el pan para un mes y lo calentaba poniéndolo entre las frazadas. Una vez que me visitaba un oficial de marina, se sentó en mi cama y me aplastó el pan. Para cocinarlo, había hecho un pozo, lleno de arena y piedras donde colocaba la masa.

⁴⁴ José Antonio y Miguel Ángel Oyarzún, con don Jesús Díaz como socio, fueron los primeros en explotar comercialmente la turba para que fuera usada como abono. Al principio trabajaron en Lapataia, en el campo que había sido de su abuelo Anselmo Arias, hasta que esa zona fue declarada Parque Nacional y se trasladaron al paraje llamado Tierra Mayor. Con máquinas de origen alemán, lograron desarrollar una importante industria, exportando buena parte de su producción.

⁴⁵ Era esposa de José Boscovic que llegó a Tierra del Fuego a fines del siglo XIX para trabajar en El Páramo con Popper buscando oro. Después de casarse, fue a Ushuaia. Tuvo cuatro hijos, uno de los cuales es el mencionado Cirilo. Alrededor de 1915, se radicó en Puerto Rancho, entre Moat y Sloggett. Su esposa era mucho menor que él —como era común— y tenía cierta preparación. Se llamaba Magdalena Rajevic y murió en 1950. En pleno campo dio a sus hijos la enseñanza escolar, aunque después algunos de ellos estudiaron en Ushuaia. Sus descendientes aún son una familia reconocida en la ciudad.

⁴⁶ Este destacado poblador era hijo de un inmigrante croata llegado a Punta Arenas en 1906. Tuvo varios negocios, continuados por sus hijos, que fueron de influencia en la ciudad, donde gozaba de mucho prestigio.

⁴⁷ José Salomón era un libanés que llegó a Ushuaia en 1913. Tuvo un importante negocio, que dirigió hasta su muerte en 1965. En el Museo Provincial hay una réplica del mismo. Su familia ha tenido una importante actuación en la vida jurídica y política de la provincia hasta la actualidad.

Intentos industriales

La vida en Bahía Aguirre pudo haber cambiado por algunos intentos de radicar allí alguna industria. El empresario se llamaba Juan A. Seefeld y venía de Buenos Aires. En 1947 viajó por primera vez a la zona en el rastreador *Granville*, para explorarla y contaba que aún estaba en pie una cruz con una plaqueta, clavada en un tronco semiputrefacto de lenga, recordando el martirio de Allen Gardiner y sus compañeros. En 1951 hizo construir una base para que perdurara con el tiempo.⁴⁸

En febrero de 1952, fue a Ushuaia en el *Les Eclaireurs* y desde allí a Bahía Aguirre en el remolcador *Guaraní*. Iba con su esposa, que volvió por unos meses a Buenos Aires para dar a luz una hija. En el primer viaje lo había acompañado su padre, don Segisberto, para estudiar en el terreno la posibilidad de instalar un criadero de visones y zorros finos. Fundaron la empresa llamada Sociedad Argentina de Industrialización, Comercio, Caza y Pesca Sociedad Anónima, que todos conocíamos como Sadiccap. Cuando después fue el mismo Seefeld, yo ya no estaba.

Intalación del criadero

El criadero se instaló con zorros que llevaron desde otro establecimiento que tenían en la provincia de San Juan. Eran blancos, azules, rojos, cruzados y plateados. También



Zorro plateado en el criadero.

los importaron del criadero Fromm Brothers, de Thienville, Wisconsin, Estados Unidos. Eran cerca de sesenta zorros y veinte visones. Los de Norte América los llevó Seefeld en persona, en un avión DC 4 de Aviación Naval, que tenía como piloto al capitán Gregorio Lloret, que después iba a ser gobernador. Otro DC 4 los llevó a Ushuaia y después fueron a Bahía Aguirre en el transporte que tiene el nombre de la ciudad.

A los zorros los cuidaban bien. Vivían en jaulas, una para cada animal, aunque no en el tiempo del celo y el apareamiento. Las hembras tenían generalmente tres crías, pero en Aguirre no fue así por el clima y la mala alimentación y se pusieron raquíticos.

Nunca faenaron animalitos para explotación comercial, salvo cuando hubo que sacrificarlos al liquidar la empresa. Los mataron con cloroformo y fue muy triste pero necesario. Hubo muchas dificultades pero el problema principal fue la alimentación. Yo me encargaba de proveerlos de carne de lobo de un pelo, pero nunca había suficiente. Además precisaban vegetales y en la zona no se podían conseguir ni cultivar cereales. También tenían hacienda vacuna y después ovina, que yo cuidaba, pero cuando la empresa se fue, se hizo baguala. Por eso me convertí en su socio industrial.

Explotación de lobos marinos

Para trabajar en Bahía Thetis, por cuenta de la misma empresa, fue Enrique Gariboldi, que era de Buenos Aires y en realidad estaba antes que Seefeld. Yo lo acompañé la



En las loberías de Bahía Aguirre con el señor Gariboldi, año 1943.

primera vez. Don Segismundo estuvo trabajando allá, tomando la parte del alemán Huber y el teniente coronel Sánchez Reinafé. Allí trabajaron Gariboldi y Pancho Andrade con veinte hombres, que rodeaban a los animales para matarlos a palos. Se estuvieron faenando lobos desde principios de los años 40 hasta 1948, sacando el cuero y la grasa, que comercializaban para nutriciones en la industria del curtido. Los cueros resultaron ser de poco valor comercial porque a menudo tenían heridas por las peleas y no podían competir con los de Sud Africa, el Uruguay o Alaska. Para aprovechar la grasa, se la hervía en autoclaves y luego como aceite, separando las impurezas, se colocaba en tambores de hierro de doscientos litros. Había una caldera, dos autoclaves, un tanque australiano, un saladero de cueros, cocina, gamela, dormitorios, un depósito y una casa para administración. El producto se sacaba con los transportes de la Armada.

Al final, en Thetis quedaron como cuatro mil pieles, que no se extrajeron porque hubiera costado más transportar-



Ordeñando su propio ganado en 1942.

las de lo que se podía sacar con la venta. Las instalaciones se llevaron en barco a Río Grande y algunas por tierra, lo que estuvo a cargo de Huber.

Aserradero

La historia es muy complicada y había algunas cosas que no eran claras. Seefeld y algunos polacos —un mayor del ejército, un duque y otros más— presentaron al gobierno planes para radicar quinientas familias, diciendo que eso ayudaría para que la zona fuera argentina, pero trajeron mucha gente de Chile. Yo ya tenía allí dos hijos y pensé que ésa era mi oportunidad para irme, porque la gente me molestaba mucho. Fui a verlos para venderles el campo y las mejoras, pero el campo no lo podía vender, porque no estaba a mi nombre. Entré entonces como socio industrial de ellos. Habían comprado unos treinta novillos, que yo tenía que amansar, y dos bueyes tan viejos que me daba vergüenza ver cómo se caían al desembarcar. Con ellos hicimos una canaleta para que se pudieran bajar los rollizos del monte.

Me pagaban un peso por tonelada de madera en rajas y un centavo el pie de madera aserrada. Me hicieron una casita mejor, pero yo mandé a mi señora a Buenos Aires, porque estaba esperando mi tercer hijo, pero dije que no me movía de allí hasta que me pagaran. De lo que pasó, mejor no hablo.

Al fin fracasó la crianza de zorros y visones y resolvieron comenzar la explotación del bosque. Pusieron un locomóvil para la fuerza motriz, una sierra circular de dientes postizos de un metro treinta de diámetro con carro de cuatro metros y tres canteadores circulares con un grupo eléctrico para iluminación.

Trabajaban con madera de lenga, sacando unos tres mil rollizos por año y el trabajo comenzó en 1950. Los empleados administrativos eran dos, Castillo y Okolowicz, un polaco que había sido oficial en el ejército. El encargado del aserradero era el belga Jaensens y el mecánico Nicolás Njiric, que era de la zona. El personal era de treinta a cuarenta personas y ya veían que allí se formaría otro pueblo. Llevaban la madera a la Capital en los transportes de la Armada, aunque los viajes a Ushuaia los hacían en el cúter *Garibaldi*. También contrataron a otro barco, el *María Sasso*, para embarcar rollizos. Después éste se perdió por el mal tiempo. Otro



Ostoich y su amigo Márquez, 1934.

accidente fue cuando en 1951 se incendió la cocina por chispas que salieron de la chimenea.

Las construcciones se hicieron todas con manera de la zona, aserrada por ellos mismos, con planos hechos

por un arquitecto polaco. También hicieron un destacamento de policía en 1950. El personal lo mandaban desde Ushuaia y se quedaba por un tiempo que variaba. Por lo común iban matrimonios.

Pero al final todo fue un fracaso. Yo ya lo preveía viendo cómo gastaban el dinero. Perdieron mucho dinero porque tuvieron que afrontar el flete de todas las instalaciones. Lo único que quedó fueron las construcciones, pero en un lugar muy lejos de mi ranchito. Cuando vi que todo andaba mal, resolví irme. Era el año 1950 y en 1952 volví para vender mis lanares.



Trabajando el oro en Bahía Sloggett, año 1932.

⁴⁸ Existe una fotografía de esa cruz, que ha desaparecido con el tiempo. No es de suponer que la placa sea la que colocó la tripulación del barco que llevaba el nombre de los misioneros en su primer viaje en 1854 y no se sabe que ha sido de ella. Tampoco hay señas de la construcción de Seefeld. Mucho después, el pastor Daniel Vicente, por su propia iniciativa, pasó unos días de soledad construyendo un pequeño monumento, dejando un documento filmico. Lo descubrió junto con el Sr. Oscar Zanola, director del Museo Provincial. Ha sido objeto de vandalismo. Aunque el lugar ha sido declarado histórico, no hay nada que lo indique. Debe señalarse que la Armada colocó un monolito, a su memoria y de sus sucesores, en el lugar que estuvo la casa principal de la Misión, que también fue declarado histórico en 1999. Para este capitulo se ha usado material del mismo Sr. Seefeld, facilitado por Ostoich; creemos que esta historia nunca ha sido publicado.

Mis animalitos

Mis amigos eran mis animalitos. Por eso, nunca le pegué a un caballo. Sin embargo, hay que tener cuidado con ellos, porque, por ejemplo, una vez uno me quiso morder porque yo trataba de arrear las yeguas.

Me pasó que me encontré de repente con un reno. Habían introducido animales del Norte, como castores, zorros plateados, ratas almizcleras y renos, pero el experimento fracasó.⁴⁹ Ese animal empezó a seguirme, como por curiosidad. Yo lo dejé acercarse y lo acaricié; tenía la piel como cartón áspero. No había forma de que dejara de ir detrás de mí, hasta que me metí en unos coihues, calculando que él no podría pasar y así fue. Después desaparecieron, porque no llegaron a reproducirse.

Los perros

Mis mejores amigos eran los perros, porque no tenía a ninguna persona cerca. Tenía uno que llevé desde el río Grande, que era muy inteligente. Se llamaba Pibe. Cuando me iba para bahía o Buen Suceso⁵⁰, le hacía cruzar los ríos primero a él; si no pasaba, era porque yo tampoco lo iba a poder hacer. Otra vez me extravié en la cordillera y entonces le dije al perrito: "¡Vamos para la casa!" y él me guió perfectamente. Yo les hablaba como si fueran personas y me miraban de una manera que a mí me parecía que me

entendían. Iban conmigo y me ayudaban a cazar. Cuando estaba solo, dormían conmigo y usaba uno como cabecera. Esa vez que en Bahía Valentín el rancho se me cayó encima, casi mata al perrito. Uno de los ranchos lo había hecho mi padre, buscando oro, y el otro lo hicimos con Andrade y Gariboldi. Una vez estaba allí solo y agarré tanto frío que me fui a la playa y me senté en el suelo, preguntándome qué estaba haciendo en un lugar así. Me distraje viendo unos diez guanacos, que andaban ramoneando, y al fin seguí para adelante.

Cuando me embarqué por última vez para Buenos Aires, los perros se tiraron a mi lado, como diciéndome: "No lo veré más a usted." Se me caían las lágrimas, porque había pasado muchos años sin tener con quien conversar y ellos me habían sido fieles.

Vacunos y caballos salvajes

Un tema distinto es el de los animales que se han hecho baguales. Había muchos vacunos y caballos y especialmente los primeros eran peligrosos. Una vez iba con un caballo que me había prestado Fadul cuando un toro se me vino encima bramando, tal vez espantado por mi campera roja, lastimándolo al caballo en el hocico. Le dio una patada y, como casi me caía, me agarré de la tusa. Cuando se nos venía encima de nuevo, conseguí meterme en un matorral, mirando cómo la bestia nos buscaba.

Yo trataba de aprovecharlos. Cuando había algunos, largaba una vaca y enseguida aparecía un toro que se acercaba. Yo lo laceaba y lo metía en el corral. Después lo marcaba y así llegué a tener cien o doscientos. Pero cuando se me murió aquel hombre en el río, haciendo lo mismo, no quise tener más.

Hablando de los caballos, quisiera contar sobre los salvajes. Márusic me dijo una vez que había una manada en Sloggett, que le molestaban en su campo. Se dice que los había llevado un gaucho llamado Juan Farías en 1887, pero ya

habían pasado más de cuarenta años. Tenía sangre indígena y era un verdadero gaucho, un pionero a quien quiero honrar. Se comprometió a llevar los caballos desde la estancia Harberton hasta Sloggett, cruzando el río Cambaceres. Con su alma criolla, pensó que esos animales iban a pasar hambre y fue en línea recta hacia un río donde había buenos pastos. Nadie sabe cuántos días tardó en ese viaje.

Los indios se habían aprovechado mucho de ellos porque no tenían desarrollo para caminar. Márusic me pidió que hiciera lo posible por cazarlos, porque yo era hombre de campo. Me entusiasmé y empecé por conocer el camino. Me dio un rifle, diciéndome que tenía que empezar por matar al padrillo, porque él le avisaba a los demás, haciendo señas con las orejas. Fui a pie con cuidado, porque era imposible ir a caballo por los bosques y los turbales.

Cuando los vi, me puse a observar cuál podía ser el padrillo, que siempre sobresale de los otros. Descubrí un animal muy lindo; lo apunté y disparé, pero como no cayó, seguí disparando. Después comprobé que le había dado más arriba de la paleta, aunque había apuntado allí. Es muy lindo observar esos animales que nos miraban con desconfianza, pero que al rato se quedaban tranquilos. El animal salvaje no tiene maldad y no sabe patear al hombre. La adquieren según el trato que le dan. A veces encontré algunos padrillos salvajes, que venían corriendo a comer de mi pasto y al darse cuenta de que yo no era otro animal, se iban. Entre ellos no hay degeneración, porque cada manada tiene su padrillo, que ya ha peleado con muchos otros.

Voy a dar un ejemplo. Yo tenía la costumbre de sacar a los padrillos a cabestrear. Lo llevaba del cabestro hasta encontrar los animales ya amansados. Pero una vez que llevaba un saco grande de cuero, traté de arrimarme a una yegua oscura muy mansa. Cuando iba a tocarla, el padrillo agachó la cabeza y me pegó un mordisco, que me sacó un pedazo de cuero del saco y me caí al suelo, pero por suerte no me pateó.

Es triste ver un padrillo viejo y vencido, que anda triste con la cabeza gacha como un boxeador que ha perdido una pelea. Los caballos no saben llorar, pero saben que han nacido para sufrir y se avergüenzan de su derrota. Se ocultan en algún lado y aparece otro más fuerte y robusto que intenta apoderarse de la manada. Los dos padrillos salen al encuentro del otro y se miran un rato como observándose entre ellos. Tratan de no pelear. El más joven corre para que el otro se aleje. Se pelean si no le obedece y siempre vence el más fuerte.

Los que viven en los turbales no tienen resistencia en los viajes. Cuando amansé a alguno de ellos, traté de sacarlos a caminar, haciendo un viaje, y se me cansaban, porque no tienen corrida como los de las pampas. En los turbales hacen panza; se nota enseguida porque el animal criado en campos buenos, hace ejercicio. Por eso, cuando encontré buenos pastos agua arriba en el Sloggett, los llevé allí y eran diferentes, muy resistentes.

Vuelvo a la historia de la manada de animales salvajes, después de no haber podido matar al padrillo. Entonces hice un estudio sobre cómo hacer para agarrar la manada, que era de veinte ejemplares en un terreno muy malo. Tuve la idea de hacer un corral sobre el camino que ellos seguían, porque los animales siempre tienen uno para su recorrida al cambiar los lugares de pastoreo y ésa es una zona donde hay muy pocos pastos. A veces, esos caminos se hacían muy angostos, porque estaba el río, las lagunas y los turbales. Así que pensé en hacer un corral estrecho con una tranquera arriba y otras abajo. Pedí ayuda a dos mineros amigos míos que tenían un campamento cerca.

Tuve que esperar más de un año para que esos animales se acostumbraran a pasar una tranquera. Cuando el animal ve algo raro, teme pasar, pero con el tiempo se acostumbra, de modo que había que hacer las dos tranqueras. Si estaban en la parte de arriba, se cerraba la de abajo. Con la ayuda de esos dos hombres, traté de llevar lazos y boza-

les para palanquear a los animales que se habían acostumbrado a ver gente.

Les aconsejé lo que tenían que hacer, porque no eran gente de campo, así que traté de encontrar rápido los animales y comprobé, según las pisadas, que estaban en la parte de arriba. Traté de cerrar la tranquera de abajo. Como buen baqueano, di con la manada. Al verme, el padrillo pegó un relincho para avisar a los demás, tratando de arrear la manada inclinando la cabeza y con las orejas gachas. Así tomaron el camino al corral, sin darse cuenta de que lo tenían cerrado. Grité a los mineros: "¡Ahí van!" cuando los animales entraron al corral. Por suerte, la tranquera estaba hecha de una madera muy buena, como es el roble, porque la atropellada fue muy fuerte, tanto que dos animales se me murieron.

El trato que había hecho con Márusic era que los debía hacer desaparecer. Cuando los saqué del río Sloggett, tuve que llevarlos a la estancia de mi primo Juan en Bahía Aguirre, a seis leguas de distancia. Como precisaba ayuda y ya no tenía la de los dos mineros, se la pedí al peón Félix, que había sido mi mejor amigo de la infancia en el pueblo. Tardamos dos días para llegar a Bahía Aguirre y de ahí otro día los llevamos a un campo. No tenían cerco, de modo que eran libres. Al llegar a la vega, no me di cuenta de que ahí había otro padrillo con su manada, que, al ver venir a un intruso, salió al encuentro de él. El que yo llevaba no estaba en condiciones de pelear, así que tuvo que volver a internarse en los turbales, los ríos y los bosques.

Después de unos años, fui a ver y encontré algunos animales, pero muy pocos de aquéllos, de modo que allí terminó la historia de ese manada, salvo por un potro que yo había amansado. Me había aquerenciado con él y lo tuve algunos años conmigo, hasta que mi primo me lo pidió para cubrir una yegua y se lo llevó a la vega.

Otro año, haciendo una expedición a Bahía Valentín, vi a ese padrillo y me dio mucha alegría verlo. Le chiflé y me

conoció, dando un relincho como saludándome. Me arrimé con cuidado, hablándole siempre, porque los animales no hablan pero entienden. Lo acaricié un buen rato y le seguí hablando cuando me retiré. No quise mirar atrás, pero me di cuenta de que estaba a mi lado. Tuve la idea de irme con él hasta Bahía Valentín, Seguimos una montaña y la costa, siempre yendo en esa dirección. Fue en dirección al pico de la cordillera, que sirve para orientar la navegación⁵¹, donde vi un nido de cóndores.

El que tenía conmigo se había acostumbrado a mí. Saludaba moviendo la cola, como una señal de alegría al verme, porque se ponía contento. Yo le hablaba y con mi mirada observaba todo alrededor. Cuando lo acariciaba, pegaba un relincho de alegría.

Un cóndor bajó revoloteando, dando vueltas alrededor de mi perrita Diana. Ella vio que bajaba las patas para agarrarla y se puso a ladrarle para que se fuera. Se arrimaba para que la acaricie y también el padrillo. Cuando se fue el cóndor, resolví que no podía obligar al animal a ir conmigo por esos malos caminos, aunque en realidad caminos no había. Lo abracé, lo besé y lo asusté para que no me siguiera con la vista. Me fui, sin dejar de mirarlo, con temor de que se extraviara, aunque sabía que los animales sigue el camino por el olfato. Así fue como lo perdí de vista.

Los lobos marinos

Por mucho tiempo, los animales más importantes de Tierra del Fuego fueron los lobos marinos o focas como decíamos a menudo. Los indios los comían y hubo mucha explotación de sus pieles, hasta que casi se terminaron. Son de dos clases: el de un pelo y el de dos pelos, que es el más lindo, tanto que su piel vale mucho por lo que fue muy combatido. Hay otras clases como la vaca marina, que encontré alguna vez; es muy bonita, pero también muy rara y le llaman así por la forma de sus ojos. En la parte de arriba, tiene en la piel como dos franjas y después todo con manchi-

tas como un tigre. Como es muy mansita, si ve a un hombre se queda durmiendo y creo que por eso fue desapareciendo.

Algunos de los loberos se hicieron famosos como el italiano Pascualín.⁵² Yo participé en algunas de esas cacerías en Bahía Valentín o Bahía Thetis,⁵³ que eran verdaderas mantanzas. Eran animales muy mansitos y se dejaban acorralar por los hombres y los perros. Como en ese momento algunos lobos trataban de irse al mar, había que colocarse en el camino, arreándolos. Yo trataba de separar a las lobas de sus cachorros, a los que llamábamos "popis". Tienen una piel muy negra y muy linda, que se usaba mucho para tapados de mujer; a los quince días, cambian de color y se pone amarillo. Me gustaba ver cómo la madre enseñaba a nadar y jugaba con su cría. Disfrutábamos viendo lo hermoso de naturaleza, pero también teníamos muchos peligros porque ella se defiende.

Para cazarlos, íbamos todos con un garrote y les pegábamos en el hocico para matarlas pronto. Una vez vi a una loba que llevaba a su cachorro con los dientes y los hombres le pegaban para que lo soltara. Pero ella, con los ojos inyectados de sangre, trataba de salvarlo. Al verlo, grité a la gente que la dejaran ir por la forma en que defendía a su hijo. A veces encontrábamos sólo machos, pero su piel no es tan buena porque suelen estar lastimados por sus peleas. Les decíamos "torunos" porque cuidan la manada de hembras. Para poder matar a los popis teníamos que matar primero al macho.

Una vez pasé un gran peligro. Estaba con dos hombres y me quedé solo en una isla para no poner en riesgo la vida de mis compañeros; casi no puedo salir por la fuerte corriente. Otra vez se descompuso el motor de la embarcación y nos fuimos al garete a la costa. Iban con nosotros Alvarez, de la policía, y otras personas. Por suerte, había cerca un barco y yo alcancé a gritarle que se nos había parado el motor para que nos auxiliara. Nos tiraron dos anclas con las que fon-

deamos. Por fortuna, teníamos mucho lastre en la bodega y no nos hundimos.

Como ya dije, mirando la naturaleza, he aprendido cómo Dios hizo lo bueno y lo malo, en los animales, las plantas y los minerales. De esa manera, ella se defiende y no hay degeneración.

⁴⁹ Fue por una iniciativa del gobernador Fidel Anadón (1943-1944) que se trajeron estos animales. Ninguno de ellos se adaptó al nuevo ambiente, salvo las castores, que, según opinión muy general, han traído muchos problemas, al producir anegamientos y desviaciones de ríos. Pero el problema más serio ha sido el de los conejos, que se han multiplicado como para constituir una verdadera plaga, que incluso ha provocado desastres financieros, como el que obligó al cierre de la estancia Gente Grande, en territorio chileno, la primera de la isla.

⁵⁰ La bahía Buen Suceso está en el extremo oriental de la Isla Grande, frente a la de los Estados, del otro lado del Estrecho de Le Maire. Su nombre fue puesto por el de la primera nave española que tocó allí en 1618. Ha sido un punto predilecto de los navegantes, durante todos estos siglos y por eso el gobierno argentino puso una subprefectura entre 1887 y 1896, que debió ser abandonada por las enormes tribulaciones de quienes estaban en ese lugar tan aislado. Recientemente la Armada Argentina ha establecido un destacamento.

⁵¹ Se trataría del cerro Campana, junto al cual se encuentran los llamados Atocha y Pirámide. En 1851, estuvo allí Piedra Buena con un bote que naufragó, perdiéndose dos hombres.

⁵² Este sujeto se llamaba realmente Pascual Rípoli y ha sido denominado "el último pirata de Tierra del Fuego", pero en realidad, además de lobero, era un hábil contrabandista. Se le adjudican multitud de anécdotas. Entre las que son seguramente ciertas estuvo la de haber trasladado en su embarcación al prófugo Simón Radowsky, el joven anarquista que contó con apoyo exterior para fugar del Presidio de Ushuaia. Murió alrededor de 1950 y hay por lo menos dos libros dedicados a él.

⁵³ Este lugar del extremo nororiental de la Isla Grande, frente al Estrecho de Le Maire ha sido uno de los puntos favoritos para esta explotación, desde tiempos muy antiguos. En algunos casos, hubo gente que se radicó allí, como un alemán apellidado Huber, sobre quien se corrieron rumores fantasiosos como que apoyaba a submarinos alemanes durante la Segunda Guerra o que fue asesinado, lo que no nos consta. La bahía tuvo varios nombres pero prevaleció el que le puso la expedición hidrográfica inglesa de 1827, al mando de Philip Parker King y Robert FitzRoy.

Mi esposa

Mi hermano —el que mataron en Comodoro— siempre me preguntaba por qué no iba a ver a mi familia que vivía en la provincia de Buenos Aires y por qué no trataba de casarme, pero yo siempre le respondía que no podía llevar a una mujer a esa vida semi salvaje que estaba llevando.

Al fin le hice caso en 1942 y fui hasta Chacabuco y luego a un pueblo llamado Marcelino Ugarte. No tenía idea de dónde podía encontrar a mis parientes, porque tenía mal la dirección. Pero anduve preguntando y un hombre se ofreció para ayudarme, porque conocía a mis familiares Mateo y Amado Ostoich. De repente me llevé una gran sorpresa al ver una tranquera que decía nada menos que "Pedro Ostoich", ¡mi nombre! Enseguida me di cuenta de que era un pariente que se llamaba igual que yo.

Conociendo a Duisa

Estuve un tiempo con ellos y así fue como conocí a Duisa María Ostoich que sería mi esposa. Yo siempre pensaba en lo que había resuelto de que no podía obligar a una mujer a llevar esa vida. Además, yo tenía treinta y seis años y ella sólo veintidós, pues había nacido el 11 de febrero de 1920. Pero he aprendido que la vida puede darnos más fuerzas. Me acordaba de que mi padre tenía cuarenta y cinco años y mi madre dieciocho cuando se casaron. Se puede decir que



En el ranchito del Faro San Gonzalo. La foto fue sacada por el propio Pedro con un hilo y una máquina de cajón en 1931.

“de tal palo, tal astilla”, aunque yo fui el único de la familia que se casó con una mujer mucho más joven.

Al fin, un día fui a Rojas a hablar con ella y con quien sería mi suegro. Antes que ella me contestara, tuve que volver a Tierra del Fuego, pensando que era un sueño imposible. Era la única mujer entre siete hermanos y estaba acostumbrada a un tipo de vida muy diferente del mío. No le oculté nada de como era la mía, pero ella me aseguró que estaba dispuesta a compartirla. Yo había pensado si debía llevarla conmigo a Bahía Aguirre, pero ella insistió que, si se había casado, era para seguir al hombre a todas partes. No fue así al principio, porque, aunque ella me decía: “No importa que no tengas nada”, después me preguntaba por qué no vendía todo y me venía para Buenos Aires. Me quedé seis meses esperando hasta que me dio el sí, si yo le prometía que no sería para toda la vida.

Yo viajé para casarme en Chacabuco el 3 de diciembre de 1942. Le llevé un anillo que había hecho con oro que había

recogido yo mismo en Sloggett. Al despedirnos, recuerdo que mi suegra lloraba mucho, pensando dónde se iba a vivir su hija, con un hombre que apenas conocía. La abrazaba mucho diciendo que no iba a volver a verla. Sí había conocido a mis padres, porque habían venido de Europa en el mismo barco.

Fuimos a Ushuaia en el transporte *Ushuaia* y nos alojamos en la casa de Doña Nikoleta, la madre de mi gran amigo Jorge Vrsalovic.⁵⁴ Ellos y muchos amigos nos estaban esperando en el muelle. Duisa era de poco hablar y observaba todo a su alrededor, porque le gustaba mucho mirar la cordillera, ya que se había criado en la provincia de Buenos Aires. Por suerte, era un pueblo muy familiar y ella pronto se sintió muy bien. Yo me tuve que ir al campo y ella se quedó en lo de Vrsalovic. Se hizo muy amiga de las familias Arias y Salomón, porque la señora de Salomón era paisana nuestra de Europa. Debo recordar con gratitud a doña Rosario, la esposa de don Anselmo, que la trató como a una hija. También nos ayudó la familia Andrade.

El caballito bayo

Cambiando un poco el rumbo de la historia, debo hablar del más querido de mis caballitos, el bayo. En un turbal, encontré un padrillo, ya sin fuerzas, que parecía darse cuenta de que estaba perdido en una zona deshabitada. Sentí sus relinchos y me acerqué para salvarlo, lo que conseguí. Un día lo encontré con una compañera, una yegua que yo había traído de Río Grande, como queriendo dar nueva vida a aquel desierto.

Yo sentí como que ella me contaba su historia, diciéndome: "Yo me encontraba sin aliento, metida en un pozo, no pudiendo hacer pie en el turbal, cuando mi amo fue a buscar refuerzo para sacarme. Eran zonas deshabitadas por el ser humano. Apareció un padrillo bayo, cuando ya estaba sin fuerzas. Sentí un relincho y alcé mi cabeza, ya sin esperanzas. Fue como un aliento, como algo que me decía al oído

que hiciera un esfuerzo más. 'No estás sola; seré tu compañero y te enseñaré los lugares para que te refugies en los desiertos del Sur' me decía. El caballito bayo estaba al lado del turbal, como suplicando que hiciera el último esfuerzo para salir, dandome calor con el aliento, porque el agua era fría. Pero él me decía que no hiciera pie, que me tumbara a un costado."

Así fue como salió de allí. Cuando vi que el bayo se iba con su compañera, los dejé ir. Y así nació ese potrillo en la vega del río, con la crin plateada y una faja en el lomo y la frente, que me parecían un mapa del cabo San Gonzalo. Me sentí que ya no estaba tan solo y todas las mañanas le hablaba de mis pensamientos. El potrillo corría para todos lados, como diciendo a la madre que, para vivir en esas tierras, hay que haber nacido allí.

Yo sentí que ya no estaba solo y vivía más feliz, porque todas las mañanas le hablaba y él me entendía. Con él rodeaba hacienda baguala y la llevaba a Ushuaia. Entonces me llevaba adelante, sujetando la hacienda que siempre quiere dispararse. Yo iba sin montura, orgulloso de ese caballito que me obedecía tan bien. Una vez tuve un sueño y se lo conté: que él iba a ser el que llevara a mi pago a la primera mujer blanca que viviera en la zona, de la misma manera que su madre lo había colocado a él allí.

El viaje a Bahía Aguirre

Y así fue. En 1942, llegué a Ushuaia con mi señora. El caballito me esperaba en el cerro de la loma detrás del campanario de la iglesia. Yo llegué con ella y el animalito me tomó el olfato y se dio cuenta de que algo me pasaba, porque no lo acariciaba como antes. Después vio a una mujer a mi lado, pero no demostró celos, pues entendía lo que yo le decía: "Caballito, esta mujer que está a tu lado es la mujer de que te contaba. Ahora será nuestra compañera." Me entendió y con su hocico se arrimó a ella, como saludándola. Así mi señora también entendió que no estaba tan sola.

El 20 de diciembre de 1942, en una mañana soleada, sin nubes, nos vigilaba el cerro Olivia.⁵⁵ A las 9.00 aquel caballito bayo cruzaba orgulloso el pueblo, llevando a aquella mujer dispuesta a poblar en una zona tan lejana. Recuerdo al subprefecto Acosta que nos veía alejar, pensando en los caminos, cordilleras y bosques que teníamos que cruzar y preguntándose si ella podría llegar. Besó las manos de mi esposa y acarició el caballo, que era una mezcla de criollo y árabe, de los que había comprado mi tío Mateo cuando pobló la Pampa de los Indios.

Me di cuenta de que Dios me había dado a esa esposa por la forma en que afrontó los siete días del viaje. El primer día se cansó mucho, porque no estaba acostumbrada, ya que nunca había montado un caballo porque en la chacra de su familia usaban el sulky. Cuando llegamos a la estancia Harberton, don Guillermo Bridges, le beso la mano y nos atendió muy bien.

Después fuimos hasta Sloggett, donde Márusic se puso tan contento al verla, que le regaló una plancha de chocola-



De izquierda a derecha, cabo Do Paso, Pedro Ostoich, ..., José Jaksic. Al fondo el Monte Olivia.



En Lapataia con los gendarmes.

ladrido de los perros. Me pareció oír el bramido de los lobos marinos y los golpes del pico del pájaro carpintero, dando la bienvenida a aquella mujer que iba a compartir conmigo aquella soledad.

No era para menos. Habían sido siete días de viaje en esas condiciones. Antes que ella, otra mujer había querido hacerlo hasta Puerto Rancho y no había podido. Lo que es triste es recordar que el caballito se me ahogó en el arroyo Grande en Ushuaia.

Un matrimonio en la soledad

Me cuesta pensar en la vida que hicimos esos ocho años. Ella me observaba para aprender los trabajos de ese lugar y trataba de ayudarme en todo. Por suerte le gustaba la carne ovina, porque debíamos comer mucho y ella no estaba acostumbrada. Si alguien me pregunta por la ropa que usábamos, siento vergüenza. Me acuerdo de Márusic, que tenía

te, que tenía treinta años, pero que no se había echado a perder por el clima. Mi primo Juan nos vio cuando nos acercábamos y puso la bandera celeste y blanca, en honor de la primera mujer que iba a radicarse en esos lugares. Yo lamentaba no tener una victrola para poner el Himno Nacional. El caballo relinchó, como saludando al pabellón, mientras las gaviotas nos sobrevolaban graznando y se oía el canto de las cotorras y los jilgueros, mezclado con el

unos pantalones, con más parches que tela, cosidos con hilo de arpillera. Pero de todos modos nadie nos veía. Mi esposa se distraía tejiendo pulóveres y medias.

Lo que le podía ofrecer de casa era una sola pieza que había hecho con la madera. No había ni qué pensar en muebles, como sillas, porque nos sentábamos en troncos. Como no teníamos ropero, había que colgar la ropa de una sogá que cruzaba la única pieza. Cuando ella llegó, arregló todo, acomodándolo a su gusto y limpiando bien. Teníamos una cocina a leña, que estaba prendida todo el tiempo para darnos calor. Mi primo Juan me facilitó algunas cosas para la casa, para ayudarnos a vivir un poco mejor. Si no recuerdo mal, el clima del primer año fue bastante bueno. También hice un horno, con un material especial como arcilla, para que hiciera el pan. Ella trataba de ayudarme, por ejemplo ordeñando las vacas.

Se distraía yendo a la costa del mar, que estaba muy cerca de la casa, buscando pescados y mariscos debajo de las piedras. Los comíamos, como también carne de lanar, vacuno, guanaco y kaikén. Había que andar siempre con botas de goma por la humedad de los turbales y usar ropa de campo muy gruesa por el frío.

El problema era cuando yo tenía que irme, por ejemplo a buscar los animales a Sloggett, donde había mejores pastos. Se desesperaba y me preguntaba qué iba a hacer si a mí me pasaba algo. Por eso, una vez que tuve que llevar un arreo a Ushuaia, ella me acompañó, aunque eran veinte días de viaje muy duro por la costa. Cuando llegamos, la gente la aplaudía al entrar en el pueblo, porque no estaban acostumbrados a ver a una mujer de la capital acompañando así a su esposo. Esa vez gané alguna platita y entonces hicimos un viaje a Punta Arenas y a Buenos Aires, a la chacra de mis suegros, que decían que no iban a volver a ver a su hija.

Tuvimos siempre buena salud, salvo resfríos y alguna gripe muy fuerte; todo el mundo tenía miedo al contagio. La única forma de curarse era con reposo y cama.

Ella sentía el mismo cariño que yo por los animalitos. Teníamos cinco perros, pero el preferido era uno al que le pusimos de nombre Barbucho. Una vez le llevé un pichón de gaviota y ella se puso muy contenta y lo acariciaba. De todos modos, se cansaba mucho de caminar, porque no estaba acostumbrada a andar en la turba, donde no podían andar los caballos, así que prefería quedarse en el rancho.

Pasó momentos muy difíciles. Cuando nació Pedro Antonio, nuestro segundo hijo, estuvo cerca de la muerte y hasta hoy pienso qué habría sido de mí si la perdía. Nos habíamos ido a Ushuaia, a la casa que yo alquilaba a don David Berós, para que la atendiera el Dr. Regazzoni en su clínica.⁵⁶ Lo había conocido en el barco, al volver de Buenos Aires. Era pleno invierno y había mucha nieve y escarcha. Por amistad con el doctor, yo estuve presente en el parto y recuerdo cómo mi señora no se quejaba aunque el bebé tardaba en salir. Al fin, nació bien.

Yo me sentía mal, con un gran resfrío, y me fui a dormir a la casa de Mateo Vrsalovic. No había hecho más que meterme en la cama cuando vino corriendo Albita, la hija de don Anselmo Arias, que se había encariñado mucho con mi esposa. Me dijo: "Pedro, levántate, que tu señora está grave." Me fui corriendo y, al llegar, el médico me dijo que tratara de llevarla a casa. Le pregunté si estaba grave y ella, apenas me vio, me dijo: "Pedro, me voy a morir. ¿Qué vas a hacer con los chicos?" Yo discutía con el doctor, que quería que la sacara de la clínica, aunque yo le decía que allí estaba mejor que en cualquier parte. Ella seguía preguntando por qué le habían retirado al chico y por qué tenía la cara hinchada, pidiendo un espejo para mirarse. Albita fue a buscar un auto a la casa de mi amigo Romero. Mientras tardaba, mi señora se tranquilizó y empezó a conversar bien y a preguntar por qué el médico la observaba desde detrás de la puerta. Cuando él la vio más tranquila, dijo que se podía quedar. Creo que Dios hizo un milagro, porque ella se mejoró. Por eso, cuando iba a tener el tercer hijo, la mandé



PEDRO OSTOICH



ANDRADE



GARIBOLDI

Caricatura de autor anónimo referente a una compañía peletera en Bahía Aguirre, año 1942.

a Buenos Aires, cuando estaba embarazada de ocho meses. Viajó en avión con sus dos hijos, de cinco y tres años.

Ella misma les hacía la ropita y los pañales, porque sabía coser y tejer muy bien. Con la ropa que sobraba, hacía los pañales, todo a mano. Yo hice una cuna, en forma de cajón, porque al principio, el bebé tenía que dormir con los padres.

La única vez que paso un momento realmente malo en Bahía Aguirre fue cuando se cayó en la escarcha y se le hincharon mucho las manos con el frío, pues se le hicieron sañaones. En ese momento, sentimos que había llegado la hora de venir para Buenos Aires. Otra razón fue que la salud de ella se había perjudicado con el clima y además no quería criar allí a sus hijos, en aquella vida semi salvaje. Cuando supo la historia de los que habían muerto cruzando un río, le vino miedo de que le pasara lo mismo a uno de ellos. Tuvimos cuatro hijos: Margarita Magdalena, nacida el 11 de abril de 1945; Pedro Antonio, el 13 de junio de 1948; Héctor Alberto, 9 de agosto de 1950, y Eduardo Horacio, el 17 de septiembre de 1956. Los dos primeros nacieron en

Tierra del Fuego y los dos últimos en Buenos Aires, uno en el Hospital Rivadavia y el otro en el Alvarez.

Allí viví con mi esposa desde 1940 hasta 1950, pero entonces tuvimos que volver porque la salud de ella estaba resentida. Regresé en 1952 para liquidar todo. Así terminó mi experiencia en aquellas regiones solitarias, donde trabajé para mejorar lo que me rodeaba, con la ayuda de mi señora.

⁵⁴ Hubo en el Sur varias familias de ese apellido. En este caso, se trata de la de Mateo Vrsalovic, proveniente de la isla Brac, en Dalmacia. Emigró en 1908 a los veintitrés años y después de estar en Santa Fe y Punta Arenas, trabajó en la estancia Ruby en el Norte de la Isla. Fortunato Beban lo llevó a Ushuaia en 1911. Su esposa fue al Sur en 1927 y fue muy reconocida sobre todo por su hospitalidad. Jorge, su único hijo, sigue viviendo en la "Casa de la Loma" en la capital fueguina, donde se ha hecho conocer en diferentes actividades, en particular la aviación —sobre lo que ha escrito un libro— y la radiofonía, con la que ha hecho conocer a Tierra del Fuego en todo el mundo, incluso desde la Isla de los Estados. Doña Nikoleta falleció en 1973, después de recibir muchas pruebas de agradecimiento popular y oficial. En esa casa se recibió televisión en colores por primera vez en el país el 3 de junio de 1978, con motivo del campeonato mundial de fútbol. Ostoich reitera su gratitud por la fiel amistad de Jorge Vrsalovic.

⁵⁵ Esta majestuosa montaña, que domina el paisaje alrededor de Ushuaia, es como un símbolo, por lo que ha llegado a figurar en el escudo de la provincia. Tiene una forma muy cónica, aunque en realidad son dos puntas. La más al norte fue escalada por los hermanos Bridges y la otra, más alta, por el sacerdote italiano Aberto de Agostini, con dos guías de su nacionalidad. Se discute el origen del nombre. Una opinión es que fue un homenaje a la esposa del gobernador Robinson de las Malvinas, que había donado un armonio a la Misión anglicana. Otro criterio es que se trata de una deformación de la palabra indígena "Uliwaia", que significa "en forma de arpón".

⁵⁶ David Berós era un conocido vecino de Ushuaia, que hizo mucha navegación por los canales. Fue famoso su cutter *Garibaldi*. Había llegado en 1912 y presenta dos facetas peculiares: era solterón y se volvió a Croacia donde murió. El Dr. Juan José Regazzoni es quizá el médico más recordado en Ushuaia. Trabajó en organismos oficiales hasta que, por razones políticas, puso su propia clínica, que fue el primer caso de asistencia médica privada en la población.

Un poco de literatura propia

Yo no tuve estudios, sino sólo un poco de tiempo en mi infancia. Aprendí que eso puede ser muy importante, pues los que no tenemos estudio somos como los obreros que abren el camino, pero el que le da brillo es el ingeniero que hace los planos y dirige la obra. Doy gracias a Dios que me permitió ocupar ese lugar en un rincón de este hermoso país y por eso me he atrevido a poner en el papel algunos pensamientos, incluso en forma de poesía, para reflejar mejor mis sentimientos.

Lo primero que quiero copiar es un poemita que escribí cuando en 1984 se celebró el centenario de Ushuaia como ciudad argentina. Dice así:

Ciudad austral

Un pionero hoy te recuerda,
Ciudad austral, con alegría
A un siglo de tu existencia:
¡Salud, querida Ushuaia!

Con corrientes de inmigrantes
Que llegaron a tus tierras,
Así, linda, te formaste
Con ese manto invernal.

Y en afán de prosperar,
 El presidio te instalaron
 Donde muchos trabajaron
 Para ganarse su pan.

El trencito vino ya
 Trayendo calor y vida,
 Con ilusiones y alegría,
 Entre pingüinos y mar.

Cien años has cumplido
 En el fragor de esa gente,
 Los que viven o han partido
 Por motivos diferentes.

Todos recuerdan el nido
 En un sentir permanente,
 Trabajando y dando hijos
 Al patrimonio argentino.

Pedro Ostoich dice "Presente",
 Pionero de esa tierra
 Que maravillas encierra.
 Se llevaron el presidio,
 Apagándose así el brillo,
 Con la luz de la esperanza
 Y en base a la confianza,
 Bregando con fiel cariño,
 Vas al final del camino
 Con tu invernal blancura.

Mensaje para el centenario de Ushuaia

Para ese centenario, conté mi historia al escritor Arnoldo Canclini y además mandé un mensaje para que lo transmitieran por radio. Entonces escribí:

"Por deseo de un pionero, va este mensaje para el pueblo de Ushuaia para tu centenario. Soy un pionero que siempre recuerda con cariño los años vividos en esa soledad. Le pido

a Dios que siga iluminando esa tierra que fue tan castigada por la naturaleza y hoy día le está dando calor esa misma naturaleza, dándole vida a ese pueblo, que antes se la daba presidio. Gracias por dar vida a mi pueblo tan querido, al que deseo todas las felicidades y que Dios siga iluminando y siga en paz el camino sobre el canal Beagle, camino que en mi sueño sería una cosa imposible. Pero Dios el Santo Padre puso una bendición en esa zona. Le deseamos toda la felicidad con el cariño de este pionero que estuvo veintidós años en ese rincón. Con cariño fueguino, Pedro Ostoich."

La otra poesía trata de reflejar un poco mis sentimientos sobre el paisaje, especialmente con el hermoso monte Olivia y dice de este modo:

Los dos centinelas

Centollas, reinas y centinelas de las aguas
 Para que no penetren seres
 En las profundidades,
 Solamente son tuyas
 Las rocas de la bahía.

Defiéndelas con tus garras y lanzas
 Que por bajo tu coraza
 Llevas los soldados de los mares.

Son huevos que nacies
 Se harán fuertes resistiendo
 La tempestad que experimentan.

Ni siquiera puede el hombre
 Envenenar a tus soldados
 De aguas cristalinas,
 Manchadas de negro
 Al naufragar el *Cervantes*.

Te pido que ahora no tiñas de rojo:

Sería un enojo mancillar este sueño.

Cerro Olivia,
Centinela de cordillera,
Con tus Cinco hermanos,
Te pido que cedas y dejes subir
A tu cumbre a cualquier hermano
Que sea americano,
A poner la gloria de la azul bandera,
En ese cielo azul con blancas nubes.

Que ni las aves de rapiña
Puedan hacer ya sus nidos
En ti, Olivia, rey de las cumbres.

Gracias, centollas;
Gracias, turismo;
Gracias, cumbres americanas;
Gracias, mundo fueguino,
En tu imposible amor.

Y a fuer de joven que mira
La vida como un adiós,
En cada puerto que toco
Voy gastando el corazón.

Goleta de esta romanza,
A ti sola cantaré,
Que está la moza esperando
Y nunca más volveré.

Porque volver yo no puedo,
Pues la moza del cantar,
¡Está en el alma tan sólo
Y nunca en la realidad!

Los dos pájaros

También traté de pensar en mi propia vida, relacionándola con la naturaleza, que siempre fue mi gran amor con un poema en prosa con aquella idea de las dos aves. Dice así:

Mi vida fue como un nido de pájaro, nacido en puerto de pichones. Mis padres nos criaron, con la madre alimentando con su pico.

Empezaron a crecer las alitas y a saltitos aprendieron a volar y cada día, iban alejándose, buscando mejores semillas. Los que eran más pobres, los que eran más robustos eran dos que cruzaron el Estrecho de Magallanes al Puerto Porvenir.

Siguieron picoteando la tierra buscando semillas mejores. Cantaban en la zona norte y en un campamento al amanecer, se pusieron a entonar cantos como una oración para que Dios los ayude y los guíe en esos viajes, buscando un lugar tranquilo en paz.

Salieron unos cazadores a cazarnos. Cuando emprendieron viaje, en territorio argentino, los cazadores se quedaron mirando a esos pájaros que tomaron altura con cierto brío. Viendo su coraje los dejaron y cruzaron el Fagnano y el paso Garibaldi. Llegaron al canal Beagle, a una bahía tranquila, rodeada de árboles, pero sin pájaros.

De repente salió un cazador con carabina al sentir un canto raro en el desierto y no se animó a apretar el gatillo al ver que los pájaros venían cantando. Pero un día salió uno solo a recorrer esas costas y nunca más volvió. Así su compañero salió a buscarlo, cantando sus canciones y sintió un canto como un chiflido.

Era una jilguera. Le habló de dónde venía, le habló de la vida tranquila. Y cuando hizo su regreso acompañado, el cazador con alegría, en una rama de un árbol, hizo flotar la

bandera azul y blanca, en honor de eso dos pájaros que iban a dar vida a la soledad.

Ahí nacieron otros dos pájaros para dar más vida a la soledad. El cazador se sentía enfermo y no podía caminar ya más. Una mañana muy fría sintieron cómo el bramido del mar era el que se llevaba a un ser que vivió sesenta años dándole vida a esa vida tranquila. Con nuestro canto le dimos el último adiós con una oración que Dios nos enseñó.

El cuento de Juan Oso

Ahora quiero escribir un cuento que inventé para mis nietos, la historia de don Juan Oso, para que otros chicos también lo disfruten. Así quiero ser útil, haciendo felices a muchos chicos. He leído muchos cuentos y me parece que tienen poco interés por ser muy cortos. Los cuentos son mejores que los dibujos animados que los ponen nerviosos, intranquilos, con pesadillas. Eso no ayuda nada y en el colegio debieran enseñarles a leer libros. En el campo, nos juntábamos cuando no había ni radio ni televisión y nos poníamos a contar cuentos para acortar la noche. Siempre tenían una base en algo real, algo que puede ser cierto.

Ese cuento mío empieza con una expedición que fue al Asia y allí encontró una osa con una cría recién nacida. Un hombre que tenía buen corazón se hizo cargo de ella, pero no tenía cómo mantenerla. Le daba su ración de leche con los dedos, pero después hizo una mamadera con un guante. Le puso Pepita de nombre y pensó que podía ser una mascota para sus chicos. Dios lo ayudaba porque él estaba haciendo una buena obra.

Cuando la expedición volvió, todos se extrañaron al ver que ese hombre traía una osita. Se llamaba don Pedro y su esposa era doña Lucrecia. Los dos hicieron crecer con cariño a la osita. Pero don Pedro se enfermó gravemente y no tenía dinero para el médico. Como los remedios caseros no lo aliviaban, le dijeron que tenía que ir a la ciudad, porque se iba a morir si no cambiaba de clima.

Pero él prefería morir antes que vender la osita, que había cambiado su piel gris y era muy inteligente. Sólo le faltaba la voz y, cuando un empresario de circo quiso que se la cediera, ella miraba como diciendo: "Ustedes me criaron. Les debo la vida. Estoy dispuesta a que me vendan para dar vida al hombre que me salvó."

Un comprador ofreció mucho dinero por ella y la osita comprendió que era la única forma de salvar a su amo. Ella misma fue a ver al comprador, que aceptó aumentar el precio. Su salvador al fin la vendió, porque se dio cuenta de que era un buen hombre. Todo el pueblo lloraba, especialmente los chicos.

Pero en el circo, hubo una gran fiesta cuando llegó. Le hizo compañía un oso viejo que ya no podía trabajar. El dueño estaba muy contento porque pronto aprendió a saltar por un aro. La presentaron al público en un par de días, aunque ella estaba un poco asustada. Pero al oír los aplausos, se le fue el miedo. Pero el dueño se enfermó y, con lágrimas en los ojos, la tuvo que vender a otro circo. Allí la vida era mala, porque le daban poca comida y la castigaban mucho. Por eso, cuando en un barquinazo se abrió la puerta de la jaula, se escapó.

Mientras tanto, don Pedro se había mejorado e iba a los bosques porque trabajaba con la leña. Doña Lucrecia le llevaba allí la comida. Un día la osita la encontró en el suelo porque se había caído. Le dio calor con el aliento y la ocultó en una cueva. Allí la cigüeña le trajo un bebé a la señora y un osito a Pepita. Como Doña Lucrecia perdió el sentido, por unos años no salieron de allí. Cuando el chico creció y ella se recuperó, él preguntaba por qué no salían de allí. Pero cuando lo hicieron a él le dio miedo de ver a la gente. Mandaron avisar a don Pedro, que la abrazó con mucha alegría. Al chico lo llamaron Juan Oso en recuerdo de la osita que los había salvado.

Pero había muchas quejas sobre él y entonces, cuando tenía quince años, resolvió irse a recorrer el mundo con la

ropita que le preparó su madre. Llegó al castillo de un rey que precisaba gente para cortar madera y se quedó a trabajar. Estaba comiendo en un puesto cuando apareció un gigante, que le dijo tres veces que le diera fuego. Lo mismo pasó tres días seguidos cuando Juan Oso no estaba. Una vez sí estaba y el gigante se dio cuenta de que no podría vencerlo y se fue corriendo y se metió en un hoyo en el bosque. Fueron varios con una soga y Juan Oso se metió adentro. Era como una vivienda y en una piecita vio a una mujer sentada. Ésta le preguntó por qué había ido, pues allí era peligroso. Estaban las tres hijas del rey, que habían desaparecido y las cuidaban una grandes serpientes. Juan Oso liberó a dos matando a las serpientes y después a un león, que vigilaba a la última.

Entonces se enfrentó con el gigante, que lo desafió a duelo, diciéndole que eligiera entre dos espadas, una filosa y otra oxidada. Pero antes lo invitó a comer porotos y Juan Oso lo dejó tanto que se hinchara y así ganó el combate, aunque se había quedado con la espada oxidada. Después, tomó a una de las princesas y la llevó arriba por el lazo que sostenían los otros hombres. Les contó de las dos princesas que habían quedado en el hoyo y las fueron a buscar agarrándose de las patas de un águila que se los quería comer. Así volvieron al castillo donde todos quedaron muy contentos, pero Juan Oso prefirió volver a su pueblo.

Así fue que nos vinimos a Buenos Aires. Con el tiempo, mi esposa se enfermó de cáncer y falleció en 1968. Yo quedé otra vez solo, sintiendo mucho su ausencia.

Mientras tanto, cuando vinimos del Sur, trabajé en una despensa de un cuñado y en un matadero de cerdos, hasta que en 1952 volví a liquidar lo de Bahía Aguiire. Después, aunque no sabía manejar, me compré un camioncito en sociedad con mi cuñado Mateo. Pero la sociedad se deshizo y tuve que aprender a manejar y me metí a hacerlo yo solo. El vehículo me dio un corcovo, como un caballo, pero al fin lo domé. Trabajé de esa manera catorce años. Así, luchando por la vida, conseguí tener mi casita. Doy gracias a Dios porque no todos la tienen y por eso digo que no estoy mal.

Trabajé para una cooperativa, llevando chatarra desde el puerto hasta Fabricaciones Militares, en el bacheo en Parque Centenario y en el Hospital Posadas. Después estuve relacionado con Vialidad de la Provincia de Buenos Aires y de la Capital, viajando hasta Campana, Navarro y Las Heras, hasta que entré en Cerámica Haedo, donde estuve quince años. Aunque realmente trabajaba desde las 4:30 de la mañana hasta las 22:00 sé que Dios me dio esas oportunidades para que me jubilara y ver con alegría a mis hijos casados, todos bien, mientras yo estoy grabando mi historia. Por todo eso, pienso que cada cual tiene su destino: el

que va a ser rico lo será y también el que ha de ser pobre. Si yo hubiera tenido un buen negocio, sería rico. Pero Dios me dio la salud y no me puedo quejar; sólo lamento no tener a mi señora conmigo.

Me costó aclimatarme aquí, como a un caballo que lo sacan del peladero y lo meten en un pastizal y que, una vez que se llena, busca la puerta de salida. Pero me quedé por mis hijos, porque no quisiera que llevaran una vida como yo. No quiero ni pensar lo que sería de ellos si estuvieran allá recorriendo los cerros a caballo, cruzando esos ríos y otras mil cosas.

Después que me jubilé, fui a Ushuaia a pasear. Recorrí todas las partes de Chile y Argentina donde había estado: Porvenir, Calafate, Punta Bandera. Allí estaba un sobrino mío; hicimos un asado y a mí se me caían las lágrimas recordando esos tiempos cuando estaba en el campo.

En Ushuaia, Alejandro Fadul me presentó a un señor, contándole que yo había sido un pionero. Me llevó al Olivia y me sacó fotos, diciendo que tenía interés en que yo escriba un libro, pero después no pasó nada.

Sin embargo, quedé con la idea y anduve buscando quien se interesara. Escribí a un famoso locutor de radio, pero ni me contestó. Al fin no quise insistir más, porque me desanimé. Cuando vino el centenario de Ushuaia hice amistad con el escritor Arnoldo Canclini y le di algunas de mis grabaciones. Con eso, él preparó mi historia para el Libro del Centenario y así me sacó del anonimato, por lo que estoy muy agradecido.

Intentos y trámites

Pero mientras tanto, tenía otro sueño. Creo que nadie se da cuenta de que mi primo Juan y yo fuimos verdaderos pioneros, poblando solos aquella zona, pero eso no importa. Lo que sí pensé mucho fue en mi esposa, la primera mujer blanca que se atrevió a compartir mi vida en esas soledades. Fue así que pensé que era necesario que hubiera al

menos una placa en el faro que la recordara y me puse a ocuparme yo mismo de eso. Lo primero que hice fue mandar una carta al Ministerio de Marina, diciendo así:

Villa Tesei, 17 de octubre de 1994

Señores Ministerio de Marina:

De mi mayor consideración:

Solicito a ustedes autorización para colocar una placa recordatoria en el faro San Gonzalo, ubicado en Bahía Aguirre, en Ushuaia, Tierra del Fuego.

Le agradecería que tenga a bien dar curso al pedido, siendo el mayor anhelo rendirle homenaje a mi mujer que fue a compartir mi vida en esos destierros, y me dio cuatro hijos. A mis 88 años, con toda mi humildad y agradecimiento a este Ministerio, señalo que en el año 1950 el barco Patagonia con gente tan solitaria fue a cargar mis fardos de lana en Bahía Aguirre y Faro San Gonzalo para trasladarlo a Buenos Aires, siendo mi urgencia por venir una enfermedad de mi señora. El texto de la placa es el siguiente: «Recordando la guapeza de la primera mujer blanca argentina, Duisa María Ostoich de Ostoich. Casada con el primer poblador, don Pedro Ostoich. Nacida en Rojas, provincia de Buenos Aires y fallecida a los 48 años en Villa Tesei, Morón, el 15 de diciembre del 68, padeciendo una larga enfermedad. Su esposo y cuatro hijos.»⁵⁷

Desde ya muy agradecido por su atención y esperando su respuesta cuando ustedes lo dispongan.

Adjunto fotocopias del Libro del Centenario para que usted tenga una idea de por qué quiero hacer este pedido.

Mi nombre es Pedro Ostoich. Vivo en, Villa Tesei, Morón, provincia de Buenos Aires. C. Postal ...

Saludo a usted muy atte. (sigue la firma)

P.D. La placa ya está hecha. Mi deseo es ir a colocarla yo mismo, pagándome yo mismo el gasto. Esperando solamente su autorización. Muchas gracias.

La carta con que me contestaron decía:

Buenos Aires, 7 de diciembre de 1994

Señor don Pedro Ostoich.

De mi distinguida consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a usted con relación a la nota que recibí oportunamente con su solicitud para colocar una placa recordatoria en memoria de su señora esposa en el faro San Gonzalo de Bahía Aguirre.

Al respecto, cabe llegar a su conocimiento que su requerimiento ha sido autorizado por la Armada, proponiéndole realizar dicho homenaje entre fines de diciembre y principios de enero de 1995, tal cual usted lo propuso.

A tal efecto, solicito tome contacto con el Señor Jefe de Estado Mayor del Area Naval Austral, Capitán de Navío don Vicente Ernesto Palumbo, a fin de realizar las cordina-ciones correspondientes. (Siguen números telefónicos).

Esperando que haya podido satisfacer su pedido y en la seguridad de que le estamos acompañando espiritualmente en tan emotiva ceremonia, ya que no escapa a nuestro entender la loable tarea llevada a cabo por los pioneros de la zona austral, tan sensible a los hombres de mar, hago propicia la oportunidad para saludarlo con las expresiones de mi mayor consideración.

No estoy seguro de quién la firmó, porque me mandaron un fax algo borroso y dejé la carta en la gobernación de Ushuaia, donde sólo me devolvieron el sobre.

El comienzo del camino

Así es como llegué a Ushuaia el 5 de diciembre de 1994, cuando tenía 88 años. Pero era un día viernes y el capitán que me había escrito no estaba ni atendían en la municipalidad. Fui a verlo a Jorge Vrsálovic y me consiguió un taxi para que me llevara a Pampa de los Indios y de allí a la estancia Moat, donde se acaba el camino que construyó el

ejercito. Jorge ya había hablado con el dueño, o sea con mi viejo amigo Martín Lawrence.

Allí él me dio un caballo y le estoy muy agradecido. Por suerte era un animal manso porque él pensó en mi edad y que no me podían dar uno más vivaracho. Yo me había entrenado caminando todos los días, pero hacía mucho que no cabalgaba y me daba vergüenza que me vieran cómo andaba. Pero con ese caballito no tenía más que usar el bozal y el rebenque con las riendas. Era como un boxeador que había sido bueno cuando tenía edad para eso, pero cuando quiso subir de nuevo al ring, le dieron una paliza. Eso es lo que me pasó a mí. En mi juventud, corría por todos los campos, pero no pensé que a mi edad era diferente. Por eso, la naturaleza me castigó con una paliza.

Crucé el río Moat en la estancia de Ivandic y seguí, creyendo que conocía bien el terreno porque había andado muchas veces por allí. Pero los ríos han cambiado. Ya me lo habían advertido, diciéndome: "Don Pedro, usted tiene que esperar que baje la marea, porque se ha hecho una laguna donde los castores se metieron en el río y escarbaron." Habían hecho una empalizada y el agua del río subía. Hay que pensar que la costa del Beagle es toda de turbales como esponja. Ya desaparecieron las ovejas, aunque hay algunos vacunos. Todo campo virgen, que no se trabaja, es como una quinta que se llena de matorrales. Los indios decían que en Bahía Aguirre no hay bosques, pero eso ya cambió.

Llegué a una laguna en el río y el animal no podía pasar; yo me acordaba cómo en el río Sloggett se me ahogó el peón Barrientos. No había forma de que quisiera pasar, porque llegaba a una parte blanda y allí se quedaba. Me daba vergüenza volver y preguntarle a Ivandic qué pasaba que no podía seguir, después de haber sido un poblador como yo. Así llegué al tambo de los campos que antes eran de los Boscovic, donde encontré a un peón. Me quedé allí ese día y al siguiente traté de cruzar en una parte donde antes yo iba en línea recta, pero no pude pasar de ninguna manera. De-

jaba el caballo y buscaba por otra parte. Había una lluvia fuerte, todo un chubasco y el animalito ponía la cola contra el viento y no se movía.

¡Qué cosa es la vida! Cuando uno no tiene ejercicio, aunque yo caminara, no hay forma fácil de subir a un caballo. Me subía y bajaba por el cogote del animal, haciendo como una escalera. Cómo será que el animal muchas veces, cuando me quería agarrar del estribo y subir, tumbaba la montura, porque no le podía dar impulso a las piernas con la fuerza de las manos. Aunque siempre había andado de a pie por allí, entonces no podía encontrar el camino porque todo estaba cambiado. Fui un gran deportista en mi juventud, pero me abusé de la naturaleza y ésta me castigó.

Entonces me volví a Puerto Rancho, esperando que viniera uno que había dejado un arreo en Pampa de los Indios, donde termina el camino. Cuando llegaron me dijeron: "Señor Ostoich, lo que pasa es que eso era un camino, pero ya no lo es más, porque el bosque se aumentó." Aunque antes los indios decían que allí no lo había, ahora se llenó esa parte, como una defensa de la naturaleza. Es como un alambrado de púa que no se puede cruzar y más pensando que habían pasado cuarenta y tres años.

Me acompañaron hasta un río, donde yo había dejado el caballo. Estuve mirando un rato y veo al animal, pero después ya no estaba. Ay, Dios mío, lo empecé a buscar, porque nunca pensé que el animal se iría. Se me caían las lágrimas, acordándome de las palabras de mi hija que me decía: "Papá, usted puede perderse en los caminos porque en tantos años los caminos han cambiado." Yo discutía porque se me había metido en la cabeza ir allá y casi lloraba.

Subía por los cerros en medio de la lluvia, para abajo y para arriba. Vi al caballo en una altura y creí que estaba viendo visiones, pero pasaba que se había enredado, lo que era una suerte. Miré los turbales y comprendí que no se podía pasar con la botas pesadas como un plomo. Sentí como un grito porque me vieron en los turbales. Había un paso en

la playa y una barranca inmensa, un derrumbe. Pensé que me podía desbarrancar, pero pude seguir. Encontré un rancho de mineros con unas palas tiradas y unos baldes nuevos, tirados por todas partes. Pude seguir por la playa, pero no encontraba la bajada.

Cuando llegué a Sloggett, encontré la gente que me había invitado a ir a la casa de los peones de Otero. Me quedé muy contento un par de días, pero cuando ellos se fueron a buscar carne para hacer un rodeo, hice un estudio sobre cómo cruzar el río Sloggett. La draga para el oro que había cuidado Márusic ya no está más en la embocadura que se había movido, quizá por los castores y la cantidad de lluvia y deshielo.

Pensé que se podía pasar por la playa, pero cuando ellos llegaron, me mostraron el camino por arriba, no ya por los pasos que yo tenía antes, donde estuve trabajando el oro con mi señora. Allí se dice que hay oro con mercurio escondido y yo lo quería encontrar para donarlo al Museo en Ushuaia como un recuerdo de los mineros. También había una piedra como una botella o un obelisco al lado de la mina de carbón, pero tampoco estaba más. Yo iba arriba y abajo dejando el caballo, pero volvía porque tenía miedo de perderlo y me cansaba mucho subiendo y bajando. Además había salido de Buenos Aires con calor, pero no tenía ningún apuro, sin pensar que se me estaban acabando los víveres. No tenía más que azúcar y yerba. Nunca tomé tanto mate, porque Vrsálovic me había dicho que no comiera mejillones, porque dos turistas habían muerto mientras estuvieron en Ushuaia.

Al fin, pude cruzar el bosque. Iba marcando los palos con mi cuchillo. Hacía un poco de camino y volvía, porque si me desviaba un poco en los precipicios, me perdía. En un momento vi que un torito le estaba comiendo la cola y la crin al caballito, pero lo asusté y se fue, pensando: "No vaya a ser que lo devuelva sin cola."

Encontré unas chapas de un ranchito y, como llovía, me

metí abajo para dormir. A la noche, sentí un ruido, como un aliento, y vi dos luces. Nunca pienso en los muertos o cosas así, porque nunca tuve esa clase de miedos. Eran como dos linternas que me alumbraban: era el toro que había entrado en el rancho y me comía los pastos al lado de donde me había acostado. Se asustó y me tiró el rancho abajo en medio de la lluvia.

El caballo no quería subir de ninguna manera. Yo le decía: "Caballito, salta, salta". Lo hizo, pero no alcancé a darme vuelta y me dio un cabezazo, que hizo que me sacara una radiografía cuando volví. Me pisó el pie y no podía deshacerme de él, porque me aplastaba el pie y él estaba medio incómodo en un barranca, la bajada de un precipicio. Se clavó y yo pasé adelante; por suerte era mansito, porque no puedo quejarme ya que me salvó. Me agarré del cogote y me ayudó a dar el impulso como para que yo pudiera tomar la montura. Se conoce que San Pedro no me quería allá arriba todavía.

El camino a pie

Pensé dejarlo allí, pero, para que la gente del otro lado del río no creyera que se me había escapado, até el lazo que me había dado Lawrence, haciendo nudos con las crines, para que se dieran cuenta de que era yo que lo había atado. Entonces largué al caballo, sabiendo que iba a volver a su casa. Dejé la montura y salí caminando para Bahía Aguirre porque pensaba que, después de todos los trámites que había hecho, no me podía volver. Así seguí con mi bolsa de dormir, dejando muchas cosas, incluso otra placa que llevaba. Quise dormir en un cerro, pero había un viento muy frío, tanto que pensé que iba a morir por eso. Decidí seguir hasta la cascada donde había hecho un ranchito y una quinta, aunque los pobladores me habían dicho que había otro más cerca. Intenté varias veces, pero ya no tenía ánimo para nada, porque estaba muy cansado y aplastado.

Me iba cayendo en los pozos que hacen los vacunos, que

se tapan, porque no tenía más fuerzas en las piernas y todo se me iba para un costado. Entonces agarré un palo y seguí usándolo como bastoncito, aunque me iba dando muchos golpes.

Traté de llegar al faro San Gonzalo. Desde donde estaba veía como visiones. Me parecía que había un puesto al lado de una barranca y me preguntaba si sería una subprefectura y estaban vigilando el canal. Miraba y miraba, pero comprendí que era una gran piedra, que no sé de donde vino. Cuando me acerqué más, seguía viendo visiones porque creía ver el faro, pero al final no era. Cuando llegué adonde yo había hecho el rancho, comprobé que no había nada, porque era todo pantano. Antes era plano, sin bosque, y ahora estaba todo cubierto. Se me caían las lágrimas. Quise dormir al lado de la barranca, pero no podía. Hasta parecía que había cambiado el viento, como me dijo Vrsálovic, porque ahora venía de otro lado.

Me hice un resguardo para seguir a Bahía Aguirre al otro día. Perdí todo: mi cuchillo, los tarros y un cortafierro que llevaba para colocar la placa. Lo único que buscaba en la playa era algo de plástico para poder tomar agua. La de los turbales es negra, pero yo la tomaba lo mismo porque tengo muy buena salud.

Al otro día, me puse en marcha como a las cuatro y media de la mañana. Salí dejando todas mis cositas, salvo la bolsa de dormir. La gente me preguntaba después cómo hacía para dormir con ese frío. Lo que hacía era dormir con las botas puestas y, cuando sentía frío, me sacudía para que el cuerpo transpirara. Cuando ya me agarraba el calor, me quedaba tranquilo.

Antes de eso, me cansaba muy poco y tiraba para adelante con todo a la espalda. Pero ahora hacía dos pasos y me tenía que decir a mí mismo que de alguna forma iba a llegar, aunque me sentía mal, muy aplastado. La comida se me había acabado, salvo alguna fruta. Era manzanilla; agarraba nada más que el jugo, porque no me animaba al caro-

zo, porque la cáscara puede dañar. La naturaleza me salvó con esa fruta; tomaba un puñado y chupaba el jugo.

Caminaba un poco y descansaba. Volvía otra vez a moverme y así fui por una barranca de la cordillera que llaman Ostoich. Busqué la parte más baja, pero me equivoqué y tuve que agarrar el faldeo, porque en esa parte hay mucho bosque. Pero yo ya no conocía el camino y entonces me dije: "Voy a hacer humo arriba", porque con mi primo siempre nos hacíamos humo para que el otro se diera cuenta de quién era el que venía.

La llegada

Me costó mucho bajar cuando vi la estancia. Lo más triste fue cuando llegué cerca de la cueva donde se habían escondido los misioneros que después murieron de hambre. Cuando estaba con Sadiccap, allí se hizo el criadero. Todo estaba cambiado y ya no estaba el paso del que me acordaba, por la fuerza del agua y los castores.

Junté junco mojado para que hiciera más humo y entonces vi que una persona se acercaba. Me puse contento y vi que alguien venía a caballo. Pero de repente se detuvo y al rato vi que volvía a acercarse. Me dio tanta impresión que me puse a llorar, no sé si de alegría o de desesperación. Me dio la mano muy atentamente para ayudarme a pasar el río Bonpland.⁵⁸ Como no se daba cuenta de quién era yo, le dije "Soy Pedro Ostoich", y me abrazó y besó. Entonces le conté lo que había pasado los últimos días.

Se llamaba Vargas, pero le dicen Pati. Le expliqué que tenía ganas de tomar leche. Me dijo que tenía leche en polvo en su casa, aunque poco antes se le había quemado una.

Para cruzar me dio unos palos y lamento no haberlos llevado como reliquia para el Museo. No tenía fuerzas ni para dar el impulso para arriba, pero pude cruzar con su ayuda.

Entonces me llevó a la estancia, donde había otro hombre limpiando pescado. El dueño me dijo que era analfabeto, pero que le hiciera acordar de la historia del caballo bayo,

porque la conocía. Yo me equivoqué y le pregunté si la había leído sin darme cuenta de que no sabía.

La colocación

Llegué el día 24 y le pedí a Pati que me ayudara a colocar la placa y recién fuimos el 29 con él, que me iba indicando los caminos. Me prestó un caballito y fuimos por un planchado. Seguimos por la cordillera arriba y yo seguía mareado, de modo que perdí las últimas cosas. Una cosa es contarle y otra estar allí.

Ese hombre me ayudó a colocar la placa con mi cortafierros, que se me cayó, y en ese momento me dijo unas palabras que siempre recuerdo: "Señor Ostoich, yo quiero que la placa quede para que me ilumine la bahía Aguirre, al rancho mío. Siempre lo voy a mirar y, cuando pueda, voy a traer unas florcitas, porque se la voy a cuidar."

Puse la placa con ese único testigo. Lo más triste es que la cámara fotográfica se me cayó al mar. Pensaba llevar la filmadora de un hijo, pero me dijo que era imposible por el peso.

Pati no me dejaba ir y me decía: "No, usted no se va. Tiene que esperar el barco." Yo pensaba volverme por donde había tenido la manada en Sloggett, pero no me dejó. El 5 de enero vino el barco, pero tenían que ir a la Isla de los Estados, donde hay un destacamento. Recorren la costa hasta allí y luego vuelven. Tenían que ir a Buen Suceso y me dijeron que tal como yo estaba no era bueno ir entonces porque me iba a marear. Fue un viaje muy lindo, porque los marinos me agasajaron mucho a bordo.

En el barco tenían un transmisor y comunicaron a Ushuaia que yo estaba bien. La gente creía que me había pasado algo y mi hija en Buenos Aires estaba desesperada hasta que le dieron noticias de mí.

Cuando volvió, me dieron un pantalón impermeable, diciéndome que me iba a mojar. Yo no le hacía caso, pero me pusieron el salvavidas. Había que pegar un salto para subir

al bote de goma. Ellos me tenía agarrado y yo quise hacerlo, pero no tenía fuerzas en las piernas y quedé colgado, pataleando. Yo no tengo miedo de morir si Dios me quiere en el otro mundo y entonces me va a llegar mi destino. Me hicieron muchos honores a bordo y era muy lindo que me dijeran que era uno honor tenerme.

Llegamos a Ushuaia. Por medio de Vrsálovic, me estaban esperando y así conocí a mucha gente que fue muy atenta. El periodista Horacio Sandoval me hizo un reportaje por Radio Nacional. Me hizo muchas preguntas y yo me alegré de que así muchos se enteraran del homenaje que había hecho a esa valiente mujer.

Al día siguiente, volví a Buenos Aires, con un pasaje que me consiguió Vrsálovic. Le estoy muy agradecido por eso y por todo lo demás que hizo por mí.

Ahora, a los noventa y cuatro años, estoy agradecido a Dios por todo lo que me permitió vivir. Hasta que él me llame, voy a recordar aquellas tierras frías y lejanas, contento de haber servido para que se poblara una parte de esta querida patria argentina. Mi mayor sueño sería morir allá y que se desparramaran mis cenizas donde tuve mi rancho para servir de abono y así seguir dando vida a la naturaleza de aquel lugar.

⁹⁷ Aquí Ostoich acota: "Lo que me olvidé son los nietos".

⁹⁸ Este pequeño curso de agua desemboca en Bahía Aguirre y era como una división natural entre las tierras que ocupaban ambos primos Ostoich. Se dice que el nombre le fue puesto por Popper en homenaje al naturalista francés de larga actuación en nuestro país en el siglo XIX. Su existencia fue señalada por Allen Gardiner en 1850, dándole el nombre de Cook, en homenaje a una benefactora de la Misión y así aparece en algunos mapas.

UN SOLITARIO EN TIERRA DEL FUEGO

La vida de Pedro Ostoich en Península Mitre
contada por él mismo

Pedro Ostoich es un modelo de pionero. Siendo joven se estableció con una pequeña estancia en el faro San Gonzalo, a la entrada de Bahía Aguirre, el lugar más oriental de Tierra del Fuego que estuviera



poblado entonces. Allí estuvo doce años totalmente solo y otros ocho acompañado por su esposa. A los 94 años, narra su historia con todas sus aventuras juveniles y con todo lo que significó vivir en tal soledad.

Este libro refleja la vida de quien nació hace casi un siglo frente al Estrecho de Magallanes y pasó en la región gran parte de su vida. Con tono sencillo, pero no carente de poesía y de agudas observaciones sobre la naturaleza y la condición humana, llega a ser un valioso documento para la historia austral, al par que una simpática lectura.

Arnoldo Canclini, como reconocido historiador de temas australes, ha sido designado miembro correspondiente de Tierra del Fuego de la Academia Nacional de la Historia. Es autor y traductor de una veintena de libros sobre el Sur, algunos publicados por esta misma editorial como *«Los indios del Cabo de Hornos»*, *«Julio Popper, quijote del oro fueguino»*, *«Los indios del último contin»*, etc. Con los materiales aportados por Pedro Ostoich en grabaciones, compiló estas páginas, agregando valiosas notas que dan más interés al contenido testimonial del pionero.



**BIOGRAFIA
HISTORIA
TIERRA DEL
FUEGO**

ISBN 1-879568-76-4



**ZAGIER & URRUTY
PUBLICATIONS**

WORLD'S END